

CRISTÓBAL COLÓN Y LA GEOPOLÍTICA DEL ORIENTE Y DEL OCCIDENTE

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL DOCTOR ENRIQUE DE GANDÍA

He escuchado las palabras de mi ilustre amigo y Presidente de nuestra Academia, el doctor don Segundo V. Linares Quintana, con una emoción que no sé describir. Usted, señor presidente, ha mencionado a mi padre y a mi madre y ha recordado momentos lejanos de mi juventud. Usted ha dicho de mí elogios que no merezco y me estimula, a pesar de mi vejez, a seguir adelante en nuestras investigaciones, como si todos tuviéramos aquella primavera que no volverá.

Nuestro presidente, señoras y señores, es una autoridad mundial en los estudios jurídicos americanos. Pocos hombres de ciencia tienen la obra inmensa que él ha elaborado y publicado en el campo del derecho. Su talento es tan grande como su bondad. Por ello es tan generoso en sus juicios y en sus estímulos. El honor que hoy recibo, con este diploma de miembro fundador de esta Academia, premia una idea que si no la exponía yo, hace cuarenta y nueve años, la habrían lanzado otros muchos profesores de aquel entonces. Quiso la casualidad que un día, en un

tren, me encontrase con mi inolvidable amigo el doctor Guillermo Garbarini Islas. Él venía de su estancia; yo de otra estancia, un jardín encantado, el fabuloso Acelain de mi querido y siempre recordado amigo, el doctor Enrique Larreta. Hablamos de muchas cosas, como acostumbraba con el noble y amplio espíritu del doctor Garbarini Islas, y le confié mi propósito de dar vida a una Academia de Ciencias Morales y Políticas. Nuestra patria no tenía, como Francia, España y otros países, una institución que agrupase investigadores de nuestro presente y pasado histórico, sociológico, político, jurídico y económico. Eran disciplinas que había y hay que entremezclar para lograr la esencia de nuestra realidad de hombres que viven y luchan por su continua superación. El doctor Garbarini Islas compartió en el acto mi proyecto. A los pocos días, en Buenos Aires, visitamos al eminente jurista, doctor Rodolfo Rivarola. Los tres hicimos la lista de los primeros miembros. Al poco tiempo, en el salón de la Universidad de Buenos Aires, en la calle Viamonte, quedó fundada nuestra Academia. Tal vez algún día escriba su historia. Ha pasado medio siglo. El año próximo, nuestra Academia celebrará, oficialmente, sus cincuenta años de vida. Hoy es la institución de alta cultura que reúne el mayor número de celebridades argentinas. Yo soy un sobreviviente de todos aquellos muertos ilustres que tuvo la suerte y el honor de estar a su lado. Era el más joven y los vi morir a todos. Hoy los evoco como a maestros admirables, dignos de la mayor reverencia y gratitud por sus enseñanzas. Sus sucesores, los hombres que hoy integran esta Academia, prolongan las glorias de aquellos fundadores y, estoy seguro, las llevarán aun más lejos para honra de nuestra patria. El doctor Linares Quintana, con el ejemplo insuperable de su laboriosidad, de las obras monumentales que ha dado a la ciencia jurídica argentina y americana, nos señala el camino que debemos seguir para bien de nuestro destino. Yo no encuentro las palabras que mi corazón desea para agradecer a usted, señor Presidente y amigo de tantos años, colega insigne, maestro de maestros sabios e ilustres, lo que ha dicho de mí y este diploma que me recuerda aquellos tiempos y aquellos compañeros de estudio e ideales que tal vez muy pronto estén hablando conmigo en ese país de la eternidad donde sólo perduran algunos nombres y algunos recuerdos que

jamás volverán. Gracias, doctor Linares Quintana, gracias en nombre mío, de mi mujer y de mis hijas.

Y ahora, señoras, señores, hablemos del Oriente y del Occidente y del hombre que hizo del mundo una cárcel para sus sueños.

I

LA EXPANSIÓN DEL MUNDO

Mucho se ha discutido acerca de si existe una historia de Europa y una historia del Asia, totalmente separadas, ignorantes la una de la otra. Esto es cierto hasta un punto. Y no lo es en otros puntos. Las dos partes de este inmenso continente han estado unidas por mil lazos comerciales, culturales y políticos. Las penetraciones han sido recíprocas y continuas. Más se estudia la prehistoria y la historia de ambas inmensas regiones más se encuentran contactos y contagios. Las expansiones han coincidido en sobreposiciones. Por ello hay que comprender que no existen dos historias separadas, sino una historia única de esta parte de la humanidad. Otras partes están demasiado alejadas y sus roces han sido superficiales o insensibles. No conocemos lo que pudo ocurrir en épocas remotas o ha sucedido en tiempos históricamente próximos. Ninguna región de la tierra ha permanecido completamente aislada de las otras. Todas se han comunicado e influido, pero las diferencias han sido grandes. Nosotros no estudiamos la expansión de la humanidad sobre el planeta, sino de la humanidad euroasiática. Es un estudio que no se aleja de los tiempos históricos y contempla problemas políticos que nos afectan directa e indirectamente. Llegamos un instante en que la expansión geográfica del mundo se detiene. Este instante está marcado en el año 1492, en que Colón llega a Guanahaní, y en 1498, en que Vasco de Gama toca la India, y Colón, unos meses después, el continente americano. El mundo ya no tiene expansión geográfica. La circunnavegación de Magallanes y Elcano demuestra que el hombre puede circunnavegar la Tierra. El sueño o proyecto o plan de Juan de Mandeville está cumplido. Un hombre que no había salido de una ciudad provinciana había dado

la vuelta al mundo, en su imaginación, y enseñado a Toscanelli y a Colón cómo resolver el problema del dominio de la Tierra.

En 1492 y 1498, el hombre ha terminado una etapa tan antigua como el propósito de Alejandro el Grande de conquistar el mundo. En esos años empieza otra etapa que finaliza cuando el hombre llega a la Luna y vuelve sano y salvo como volvieron Colón y Vasco de Gama. Lo que viene después del primer contacto con la Luna se llamará era lunar o espacial. Es una historia que queda para el futuro. Nosotros miramos el ayer, cómo se llegó a ese instante en que el hombre dominó la Tierra y descubrió, con la Cruz del Sur, nuevas constelaciones.

Debemos reconocer que el ideal de Alejandro, de conquistar la India —en realidad las Indias— llenó todo el período que se ha llamado Edad Media y termina con los dos navegantes, italiano y portugués. Esta doble historia: la de los intentos españoles y portugueses, es la continuación de todos los esfuerzos anteriores que se hicieron para conocer profundamente la inmensidad del Asia. Poco sabemos hasta el año mil. Algo más, y cada vez más, desde el mil al 1500. Este medio milenio de historia del hombre en sus intentos de penetración en el Oriente es la preparación, el antecedente o gran prólogo del llamado descubrimiento de América. Más que un descubrimiento, cómo hemos explicado en otro lugar, es un viaje que un navegante emprendió por un camino diferente al del Asia y el África que perseguían los pueblos de Europa y, en especial, los portugueses. Colón tiene este mérito único: el de haberse atrevido a proponer una ruta en el mar que llevaba al mismo lugar adonde se dirigían los caminos terrestres.

Los esquemas conocidos no los tenemos en cuenta. Que los estudien y mediten los que no quieren avanzar o los que quieren ir más allá y necesitan saber lo que queda atrás. Nuestras ideas rompen lo conocido. El lector las encontrará en las páginas siguientes. Comprobará que el hombre supo más de lo que imaginamos. No ignoraba muchas cosas que desconocen los eruditos de nuestro tiempo: un tiempo que llena quinientos años. Con Colón ha ocurrido algo extraño, pocas veces sucedido en la historia: la verdad ha sido obscurecida por los pleitos colombinos, por

los odios de pueblos enemigos de España y de religiones que no son la católica, por cuestiones políticas, sobre todo en los momentos de la independencia de la América hispana, y, en particular, por una espesa y extensa niebla que ha cubierto las investigaciones relativas al porqué de un viaje que ha dado tan insospechados resultados.

No hay duda de que los Reyes Católicos y el mismo Colón pensaron que el viaje que se inició en 1492 no iba a ir más allá de lo que habían logrado o soñado hombres como Juan del Pián del Cárpine, Guillermo de Rubruck, Juan de Mandeville y el mismo Colón: llegar al palacio del Gran Khan y hablarle de lo que tantas veces se le había hablado: a él y a sus antecesores. Era una empresa con alcances políticos hecha por un embajador ad hoc. Todo resultó diferente. El Gran Khan estaba más lejos. La India Oriental era muy distinta a la India gangética. El emperador de la China se hizo inalcanzable por la competencia portuguesa. El Preste Juan, tan buscado por Vasco de Gama, se había esfumado. Europa estaba dividida por la tragedia de Lutero. El Concilio de Trento no lograba poner orden en las conciencias. Una nueva cruzada parecía absurda. Empezaba otra era y también otra historia. El mundo, de pronto, se había convertido en otro mundo. El Nuevo Mundo hacía tambalear la estabilidad económica, religiosa, política, social y filosófica del Viejo Mundo. Los hombres inconcebidos de América originaban discusiones interminables. Estaban en juego la libertad e igualdad de todos los hombres. Pensamientos que, en otros siglos, no existían o no preocupaban, sobresalían a cumbres nunca imaginadas. Todo era diferente y la historia, hasta ese momento contemporánea, se convertía en historia antigua y en historia medieval para dejar paso a una historia posterior que hacía mirar con desdén la lejana historia de los antiguos.

No hablamos de una historia moderna porque es preciso saber, con claridad, qué significa esta palabra. Generalmente se usa para designar a la historia que comienza después de la medieval. Es un error. Moderno, que viene de *hodierno*, hoy, es un nombre tan antiguo como la lengua latina. Lo moderno, en todos los tiempos, ha sido lo que se ha referido a hoy, al día, o, a lo sumo, al momento histórico que se vive. Es, simplemente, lo de hoy. Y siempre

hubo un hoy, tanto en la prehistoria como en la historia de todos los siglos. Contemporáneo es lo que se refiere a nuestro tiempo, que puede ser un siglo, la vida de un hombre. ¿Cómo debemos llamar a la historia que viene después de la Edad Media que, a nuestro juicio, termina en 1492? No es la de "hoy", hodierna, moderna, ni la de nuestra época, contemporánea. Tal vez, para no crear problemas, sea prudente seguir con la vieja y equivocada denominación de moderna.

Nuestros juicios históricos, nuestra manera de encarar este inmenso problema del descubrimiento de América, son nuestros y no de otros. Utilizamos materiales traídos por innúmeros historiadores, para las conclusiones que no son de otros, sino nuestras. Lo conocido puede ser nuevo si se demuestra que tiene otro significado.

Un error muy generalizado es suponer que la expansión de Europa en el Oriente es una expansión religiosa. Lo religioso se halla en un segundo o tercer término. La verdad, con los documentos en la mano, no debe ser oscurecida por sentimientos que no coinciden con la historia. Nadie puede decir que Alejandro emprendió la conquista de la India por un afán religioso, ni que los diplomáticos viajeros, como Juan del Pián del Cárpine, Guillermo de Rubruck, Marco Polo, el científico Juan de Mandeville y el teórico Toscanelli, hayan obedecido a fines o inspiraciones religiosas. Si existía un propósito de unirse a los tártaros para combatir a los musulmanes no era sólo por una cuestión de fe, sino, principalmente, por una cuestión política y militar. Nadie olvidaba lo que había hecho Gengis Khan, lo que representaba un Tamerlán y lo que podía significar una penetración musulmana más allá del Adriático.

La invasión de los árabes en España originó una lucha política, de reconquista territorial, que fue juzgada una lucha religiosa. Fue una lucha de recuperación de un territorio que había sido arrebatado. Cualquier historiador sabe cómo convivían, pacíficamente, en cada ciudad, cristianos, musulmanes y judíos.

Hay que analizar y comprender el espíritu explorador de algunos pueblos de Europa sobre el resto del mundo. En este análisis no hay que confundir las excursiones de pescadores, que a veces los llevaban a las tierras del otro

lado del Atlántico, con los viajes preparados con el fin de hallar nuevas tierras, como algunos portugueses y genoveses. Los comerciantes viajaban a lo largo de rutas inmemoriales, tanto en la tierra como en el mar. Los viajeros diplomáticos que buscaban la alianza de los tártaros, encontraban comerciantes e intérpretes establecidos en los lugares más inverosímiles. Los musulmanes se expandieron para conquistar tierras. No imponían su religión: dejaban en libertad a los pueblos de creer lo que quisiesen, salvo la idolatría. Y no hablemos de las conquistas de los griegos en la India, ni de los romanos en Europa, que no se movieron por ningún fin religioso. Tampoco tocaremos las supuestas expansiones con fines económicos. Los historiadores movidos por sus convicciones religiosas o económicas deben ceder su lugar a los que encuentran en la política, en los múltiples intereses de los hombres, las razones de sus actos.

Muchos son los historiadores que buscan los comienzos de la expansión de Europa. No se preguntan cuándo empezó la del Oriente. Podríamos decir que todo empezó con la guerra de Troya. Homero fue el primer historiador que nos habla de este encuentro de dos culturas o de dos masas de pueblos que representan el choque del Oriente y del Occidente. Europa no fue orientalizada y el Oriente se quedó en sus límites. Después de Homero es fácil recordar a Alejandro y a Julio César hasta llegar a Mahoma y la invasión de España por los árabes. Es difícil señalar el día en que los pueblos empezaron a lanzarse sobre tierras extrañas.

No obstante, es preciso analizar qué influencias tuvieron las religiones en los procesos de expansión humana. Saber si los provocaron o estimularon, los detuvieron o prohibieron. Es indudable que el cristianismo cumplió con San Francisco el mandato de Cristo de predicar a las gentes. Fue el comienzo de una expansión que coincidió con los problemas políticos y la necesidad de defenderse frente a amenazas que habrían hecho cambiar el aspecto político y los destinos de los pueblos cristianos.

El caso de China y el budismo presenta un interrogante. ¿Fue el budismo que quiso predicar en lejanos confines o fueron los chinos, con su crecimiento, que llevaron el budismo a esos límites? Lo mismo podemos preguntar de

los árabes y del mahometismo. Lo indudable es que hubo pueblos que se extendieron por el mundo y expandieron su religión. Lo que no sabemos es a qué mandatos o principios obedecían estas dilataciones.

Las viejas y nuevas historias universales nos muestran el panorama del mundo con aspectos que no siempre se alteran. Lo más que se logra es demostrar que las fronteras, entre pueblos de distintas religiones, no fueron tan cerradas ni infranqueables. Su comercio estaba por encima de las creencias. Los pueblos, con distintos pensamientos, se comunicaban entre sí porque les convenía. Todo esto y mucho más, es historia de culturas (lo espiritual) y civilizaciones (lo material), de guerras y religiones. Autores contemporáneos dan importancia a este panorama mundial, como Pierre Chanu (*La expansión europea —siglos XIII al XV—*, Barcelona, 1977, y *Conquista y explotación de los nuevos mundos*, Barcelona, 1973) y se basan, para ello, en bibliografía abundante y especializada. Son avances que amplían y profundizan las visiones del hombre en el espacio terrestre, pero no abordan en particular el gran problema del descubrimiento de América. Lo tocan con los prejuicios de la historia tradicional. A lo sumo reconocen que Colón partió para llevar una misiva al Gran Khan. No ven el porqué de este viaje que siguen llamando descubrimiento, ni comprenden la necesidad de una alianza que buscaban tanto los cristianos como los mongoles, unos y otros amenazados a muerte por los musulmanes.

Es indudable que la invasión musulmana en España, en 711, con el legendario Tarik, que dio el nombre a Gibraltar, y la ruina de la monarquía visigótica, tuvieron una significación muy grande en los destinos de Europa. Era otro choque como el que cantó Homero, pero con más de mil setecientos años de diferencia, en otro escenario y con otros personajes. Así como no sabemos qué habría ocurrido si los griegos no detenían a los ejércitos del Asia Menor, tampoco podemos imaginar qué habría sucedido si los musulmanes se afianzaban en Europa y los españoles no empezaban una lucha de recuperación de su territorio que duró ocho siglos. Lo que se sabe es que tuvieron que pasar otros siglos para que Europa pensara en aliarse a los mongoles. En estos siglos, los sabios europeos —y eran muchos— sabían que el mundo constaba de cuatro partes, que una

—América— era incógnita, pero que se podía llegar a ella navegando en el Atlántico hacia Occidente. El hombre conocía, desde Platón y Eratóstenes, las dimensiones del planeta y de la facilidad con que podía circunnavegarse. Lo había dicho Aristóteles y repetido Mandeville. Este autor ha sido, hasta ahora, un triste incomprendido. Comentaristas actuales, como Torcuato Luca de Tena (*Los mil y un descubrimientos de América y otros ensayos*, Madrid, 1968), tan sabio y chispeante, lo han visto como un charlatán, que repite las fábulas de Plinio y otros naturalistas, de monstruos increíbles. No han advertido la sabiduría inmensa de Plinio ni la de Mandeville, el mejor autor medieval que explicó cómo dar la vuelta al mundo, con datos precisos que iluminaron a Toscanelli y a Colón y a los estudiosos actuales que realmente saben cómo se llegó al gran viaje de 1492. Luca de Tena ha acertado plenamente el reaccionar contra la historicidad de los viajes de los vikingos a América, en el año mil, con cantos o sagas que sólo se conocieron siglos más tarde. Luca de Tena nos hace reflexionar que es hora de que algunos especialistas se dediquen a analizar el problema de los posibles viajes de los vikingos a América, que nada prueba y que todo rechaza. Antonio Rumeu de Armas, eminente colombista, ha confirmado las dudas de Luca de Tena. La saga de Thorfin Karlseffni, que habla de los navegantes vikingos del siglo XI, no es más que una repetición de la leyenda o vieja historia de San Brandan. La comparación que las identifica es convincente. Ahora bien: la historia de San Brandan coincide también con la de Simbad el Marino, el cual, como hemos sostenido nosotros, pudo muy bien, en sus muchos viajes, haber llegado a la costa americana del Pacífico.

En el siglo XIII, el comercio fue intenso en el Mediterráneo y en Europa. Los hermanos Vivaldi partieron “ad partes Indie per mare oceanum” y se perdieron en el África. Sus descendientes contaron su historia. No sabemos si una de las dos naves siguió adelante, hasta América. Genoveses y catalanes llegaron a las Canarias y tal vez hayan alcanzado las Antillas. Así lo prueban los mapamundis que muestran islas con nombres que ahora son históricos. La España desunida llegó al extremo de aliarse al califa almohade Yaqub-al-Mansur para combatir a Castilla. Las rivalidades retardaron la recuperación de la península.

La exploración y la conquista del África estuvieron en la mente de Portugal y de España. Los reyes de las distintas regiones españolas se dividieron, por medio de tratados, las zonas que cada cual iba a dominar. Estas divisiones han sido presentadas como antecedentes de la línea de Tordesillas. España unida seguía su destino africano que, de improviso se había transformado en índico, y tenía la obligación, por el imperio de la Iglesia, de compartir con Portugal. Estaba en juego la división del mundo y la conquista de la tierra para las dos únicas naciones que podían hacerlo. Portugal sabía la existencia de islas y tal vez de un continente al Oeste del Atlántico que no era la India. Por ello no se empeñó en su descubrimiento. Mucho más le convenía llegar a la India por otro mar y por tierra. Por mar envió a Bartolomé Días, que dobló el Cabo de Buena Esperanza en 1487, y por tierra, a Alfonso de Paiva y a Pedro de Covilha. Paiva llegó a Abisinia; Covilha, a la India y, luego, a Etiopía, donde supo la muerte de Paiva. Era un embajador. Y todo esto ocurría uno y dos años antes del gran viaje de Colón.

Portugal se había adelantado a España en la carrera a las Indias. No buscaba, como Colón, dos Indias: la de "acá" y la de "allá", del Gran Khan, como demostró Juan Manzano. Buscaba otro personaje, igualmente conveniente para sus relaciones internacionales: el Preste Juan. Fue en 1497 cuando salió a buscarlo, definitivamente, Vasco de Gama. Llegó a Calicut el 20 de mayo de 1498, Colón, al mismo tiempo, tocó el continente americano. Los dos reyes, el de Portugal y el de España, habían alcanzado, simultáneamente, las Indias: uno, la del Ganges; el otro, la Oriental; la rica, la deslumbrante, de los embajadores Pián del Cárpine, Rubruck y Polo, era la del Ganges; la otra, la Oriental, era la de imperios jamás concebidos, misteriosos y fantásticos, de los mayas, de los aztecas, de los chibchas, de los incas. Los dos viajes, de Colón y de Gama, no fueron descubrimientos; fueron expediciones, simples viajes a tierras conocidas por los antiguos y bien dibujadas en los mapamundis. Los descubrimientos vinieron de inmediato con las exploraciones y revelaciones de selvas, de desiertos, de ríos inmensos, de ciudades nunca soñadas. Los relatos de los antiguos quedaron atrás. Los nuevos deslumbram-

mientos superaban lo que se había fantaseado, mentido, inventado.

Los historiadores que han estudiado los orígenes de la empresa de Colón se han detenido y perdido, inútilmente, en demostraciones inservibles acerca de las medidas que Colón daba a la circunferencia terrestre. Afirman que estaba equivocado, que seguía a Marino de Tiro y no a Ptolomeo, que aceptaba las afirmaciones de Alfragano, etcétera; todas inquisiciones que a nada conducen. Otros, como el almirante George E. Nunn (*American geographical conceptions of Columbus*, Nueva York, 1924) y Roberto Almagiá, que lo comentó (*Questioni colombiane*, en *Colombo. Rivista bimestrale dell'Istituto Cristoforo Colombo diretta da Luigi Bacci*, Roma, junio de 1926, tomo I, fascículo 1, págs. 18-28) discuten si Colón creía o no creía, a último momento, estar o no estar en las costas del Asia. ¡Cómo no iba a estar convencido si realmente estaba! Estos historiadores de Colón han ignorado, todos, el mapamundi de Enricus Martellus Germanus y, si lo han mencionado alguna vez, no lo han estudiado y, menos, comprendido.

La historia colombina tiene dos épocas: una anterior a nuestras demostraciones sobre la base de Martellus, y otra posterior, que es la que ha esclarecido definitivamente el problema. Nunn, Almagiá y demás colombistas que no han visto la luz de Martellus, pueden esconder sus lucraciones. Colón, con Martellus delante, contemplaba la India Oriental a la corta distancia que había señalado Aristóteles. El sabio griego y el sabio alemán, con dos mil años de diferencia, coincidían a la perfección. Martellus muestra el continente, hasta la Tierra del Fuego, los principales ríos, como probó Pablo J. Gallez, y otros pormenores que no dejan dudas de que se trataba del continente hoy llamado americano. Al otro lado, sobre el Pacífico, reproduce el Oriente dibujado por Ptolomeo. Nada se necesitaba, fuera de este mapamundi, para emprender el viaje, y el hecho es que Colón lo emprendió. La concepción de Colón, de hallarse en las costas del Asia, la compartían los demás exploradores de las costas americanas, o sea, de la India Oriental. Nunn lo vio claro, pero no supo porqué tantos navegantes tenían la misma idea. La tenían porque estaban en lo cierto. Dejaron de estarlo cuando los intereses de la corona española obligaron a sostener que la India Orien-

tal no era esa India, sino un mundo nuevo. Con ello quitaban a los herederos de Colón todos sus derechos y privilegios, pues Colón no habría cumplido su obligación de llegar a las partes de la India y entregar las misivas de los Reyes Católicos al Gran Khan. Sabido es que la misión no se cumplió porque no se halló un paso o estrecho que permitiese pasar al Sinus Magnus de Ptolomeo y llegar a la India extra Ganges.

Esta teoría nuestra está ampliamente documentada y quienes no la han visto y hoy no la ven sólo nos merecen un poco de piedad. Lo extraño es que un hombre de talento, como el almirante Nunn, no haya sabido leer y comprender los mapamundis de Ptolomeo y de Martellus y, a continuación, los "three sketch maps drawn by Bartolomew Columbus on the margin of a copy of a letter written by his brother Christopher on July 7, 1503, with illustrate Columbus geographical conceptions durin his fourth voyage". El facsímil se encuentra en F. R. von Wieser *Die Karte des Bartolomeu Colombo*. En uno de estos esbozos, Bartolomé Colón reproduce el Oriente dibujado por Ptolomeo. Fácil es distinguir, de Oeste a Este, el África, Persia, el golfo pérsico, la India, con la isla de Ceilán, la India infra Gangem, con Taprobana, el Sinus gangéticus en el Indicum mare y Oceanus Indicus, la península de Indochina, el Magnus Sinus, o sea, el Océano Pacífico, y, por último, la gran península que, por el primero, dibujó Martellus, con la ciudad de Cattigara, "sinari statio", es decir: puerto de los chinos. Esta península tiene el nombre de Situs Sinari, o sea, lugar o sitio de los chinos y, en la costa del Atlántico, aparecen los nombres puestos por Colón: Cabo de la Luna... Cabo della Serpe... Carambaru, Baragua, Porto Grosso, Del Porto... Retreto... y otros. Este croquis demuestra: primero, que los Colón conocían muy bien el mapamundi de Martellus; pues lo copian; segundo, que sabían que la gran península de la India Extra Gangem era el Mondo Novo, así escrito en otro croquis, donde también se ve, en el ángulo inferior izquierdo, sobre el Pacífico, el nombre Cattigara, que Ptolomeo coloca en el Sinus Magnus. Con esta demostración, discutir cualquier otra tesis es impropio de estudiosos serios.

Es así cómo llega España a realizar el sueño de Colón con su llegada a la India Oriental, de los mapamundis de

Ptolomeo y de Enricus Martellus; pero no pudo pasar al otro mar, el austral, el Sinus Magnus, donde se hallaba Cattigara, porque no existe un estrecho que haga posible ese viaje. Colón no pudo entregar sus cartas al Gran Khan. No supo que el Sinus Magnus tenía una amplitud infinitamente mayor de lo que había dibujado Ptolomeo y repetido Martellus. Magallanes avanzó en él y Elcano cumplió el itinerario detallado por Juan de Mandeville.

Portugal no aceptó las proposiciones de Colón porque no le interesaba llegar a la India Oriental, bien conocida por varios mapamundis. Siguió su proyecto de buscar el Preste Juan y logró el dominio de la India y de la China. España, por la falta de un estrecho, no llegó a la India extra Ganges, pero se hizo dueña de una India Oriental que, cuando fue explorada, resultó tan sorprendente como la del Ganges.

El mundo estaba en manos de dos pequeñas naciones de Europa que tenían, en sus reyes y en sus sabios, los hombres más extraordinarios del Renacimiento. Ellos expandieron la cultura de Occidente sobre el resto de la Tierra. Ellos hicieron de todos los hombres, como enseñaba el cristianismo, un solo hombre, el Hombre.

El mundo no se conmovió con el viaje de Colón. En Inglaterra no se supo hasta el 1496. La Crónica de Nuremberg, terminada de imprimir en junio de 1493, no lo conocía en esa fecha. El Papa lo supo antes de mayo de 1493, en que dio la primera bula que dividía el planeta. Lentamente se extendió por Europa. En un principio se dijo que se trataba de países nuevamente hallados. Era un viaje a regiones olvidadas.

Muchos historiadores europeos, no españoles, prefieren repetir los relatos de los viajeros del Oriente y no penetrar en las maravillas de los cronistas de América. Las cartas de Vespucci fueron una gran propaganda para el Nuevo Mundo. Si se acudió a los cronistas fue por la embustera y canallesca *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, de Las Casas. América interesó por lo que podía culparse a España, no por lo que España había dado al mundo. La historia sirvió de argumento para acusar y denigrar a la gran descubridora. Fue la envidia y fue el odio; fueron las pasiones y rivalidades políticas las que envenenaron el pensamiento histórico de los europeos que mira-

ban lo que España había revelado al otro lado del mar. Más adelante, un Rousseau, y otros muchos, tomaron el salvaje americano, antropófago, el más cruel de los hombres, como ejemplo de inocencia y bondad primitiva. Por algo Voltaire, que sabía algo más que Rousseau en estos temas, se burló de él y escribió el sonriente *Cándido*.

Son muchos los historiadores que hacen la historia de la historiografía hispanoamericana con los principales autores del siglo XIX. Empiezan con Alejandro de Humboldt, indiscutido maestro de la ciencia americanística; pero olvidan, y el hecho es gravísimo, a todos los cronistas españoles que escribieron sobre América. El conocimiento de los cronistas es imprescindible para comprender el riquísimo pensamiento español sobre América y el mundo. Sin los cronistas, sabios profundos, eruditos sorprendentes, no es posible hablar de un pensamiento hispanoamericano, ni comprender la historia de las ideas políticas y culturales que llenaron tres siglos de historia hispanoamericana. Europa quedó muy al margen de los cronistas, y sigue en esta ignorancia increíble por dificultades en el idioma, por desdén hacia algo que no entiende, por simple orgullo, vanidad y estupidez. Da lástima ver cómo autores que, indudablemente, se han informado muy bien en otros temas, olvidan o soslayan o desconocen, de un modo que da pena, el mundo magnífico de los cronistas. Nos llevan a los repetidores o comentaristas, mal informados, en realidad, buenos ignorantes, del siglo XIX, en que la fuente principal de la historia americana era la *Brevísima relación* del Padre Las Casas y algún iluminista que sólo sabía elevar las culturas paganas y rebajar las cristianas.

La independencia de la América española hizo un gran daño a la historiografía de los tres siglos en que América tuvo un sistema de gobierno monárquico. La historia fue tergiversada, por desconocimiento de las fuentes y por la pasión política, convertida en odio al absolutismo y en olvido de verdades incuestionables. Todo se cambió, se tergiversó y se arruinó. Fue preciso avanzar lentamente, con la sorpresa de los archivos, hacia una nueva historia que culmina en 1892 con el cuarto centenario del descubrimiento de América. Los esfuerzos de Italia, con la *Recolta colombiana*, y de España, con una serie de imponentes historiadores, revivieron los estudios críticos colombinos. Al mis-

mo tiempo, otros historiadores siguieron el mismo camino y empezaron a componer obras documentales que significaron el nacimiento de la verdadera historia, seria, crítica, archivística, del Nuevo Mundo. Un camino historiográfico que dio nuevas luces, no sólo a la historia de Colón, sino a la historia universal y, en particular, hispanoamericana.

El tema de Colón quedó más o menos inmóvil unos tres siglos. Cuando se habló de él fue para decir que había querido ir al Oriente por el Occidente. Una influencia marxista, de economía política y materialismo histórico, le atribuyó razones comerciales. Los turcos, con la toma de Constantinopla, cerraron los caminos del Asia; había que hallar un nuevo camino para comerciar, etcétera. Todo esto creó la teoría tradicional que sobrevive hasta hoy y sólo fue interrumpida por Vignaud cuando lanzó la tesis destructora de los méritos de Italia, patria de Colón, y de España, organizadora del viaje, con el argumento falso de que la búsqueda no fue del Oriente, sino de unas islas fabulosas, que hoy se identifican con las del Caribe. Desde entonces, las discusiones no se apartaron mucho de este problema. La búsqueda de las islas quedó descartada, en forma definitiva, cuando se comprobó, con una documentación indestructible, que el viaje estaba dirigido a las partes de las Indias. Surgieron teorías sobre el predescubrimiento hecho por el mismo Colón o por un nauta desconocido: puntos que ya han sido superados. Al mismo tiempo que se discutía, por ejemplo, el lugar en que Colón había nacido en la misma Italia, surgió otro escape para los críticos ansiosos de sensacionalismo: se tomó como motivo de crítica despiadada la figura de Vespucci. Se le acusó de embustero, charlatán y otras lindezas.

Algunos marinos sostuvieron que, en el Brasil, se había apartado mar afuera en busca de quién sabe qué propósito. Otros afirmaron que varias de sus cartas eran inventadas por editores de su época o por él mismo, con viajes que nunca habría realizado. El delirio crítico no pudo ir más allá por falta de inventiva. Hasta que nosotros nos fijamos en una palabra —una sola: Cattigara— que ninguno de los comentaristas de Vespucci, desde Las Casas hasta hoy, había advertido. Vespucci afirmó que el fin de sus viajes era llegar al Oriente y, en particular, a un punto llamado Cattigara, que Ptolomeo señalaba en su mapa-

mundi. Cattigara, en efecto, está sobre el Sinus Magnus, el Océano Pacífico, como demuestran todos los cartógrafos, sin excepción, del siglo xvi que dibujaron esa parte del mundo. Vespucci, por tanto, no pudo apartarse de la costa del Brasil y siguió adelante, por la costa patagónica, en busca de un estrecho —el perseguido por Colón— para abrir un camino hacia el Oriente. Simultáneamente, pudimos demostrar que todas las cartas de Vespucci son auténticas: todas se encadenan y citan las unas a las otras: algo imposible para un falsificador.

Lo que ha ocurrido, en todos estos hechos, es que la historia crítica se vio invadida por la política o las rivalidades nacionalistas y patrióticas. Los portugueses quisieron atribuir a Enrique el Navegante méritos que no siempre le corresponden. Vespucci y Colón fueron desplazados de sus cumbres para colocar en sus lugares navegantes ignotos, clandestinos, que habrían hecho grandes descubrimientos en el Océano. Somos entusiastas partidarios de estas teorías, pero no de un desplazamiento de personajes y hechos históricos incommovibles. Sonreímos ante los esfuerzos de franceses y alemanes para atribuirse méritos que sólo en mínima parte les pertenecen. Hasta en Argelia se quiere hallar predescubridores de América y en Grecia se escribe que Colón era griego. La historiografía avanzó de acuerdo con las ideas nacionalistas y la política del momento. Cuando no se pudo negar la obra de España y de Portugal se la quiso asimilar a media Europa que pretendía tener alguna participación en esos esfuerzos. No compartimos esta teoría o pretensión. Europa no fue una unidad cultural en toda su extensión. Hubo hombres aislados que tuvieron su ciencia, pero no pueden competir con los navegantes que se lanzaron al mar con fines bien concebidos, ni con los emisarios de reyes y Papas que salían por tierra a cumplir misiones ante los khanes de Tartaria. Hablamos de unos reyes de España y de Francia y de unos Papas, nada más, y no de Europa, tan diferente en sus distintas partes.

El hecho es que la historia ha cambiado sus objetivos y lo ha hecho a medida que se lograban nuevos conocimientos. Historiadores eminentes de fines del siglo xx hablan de la historia geográfica y de espacio como si estos términos o estas concepciones no se hubieran conocido en otros tiempos. Son tan antiguas como Heródoto y otros autores.

Las hemos hallado en la Edad Media y en los tiempos modernos. Lo que sucedió es que los historiadores primero tuvieron que saber hechos que hoy ya no interesan: nombres, fechas, límites alcanzados, todo un mundo de datos pequeños, pero imprescindibles. Interesaba saber dónde había nacido un hombre y qué había hecho en su juventud antes de subir a un navío. Hoy interesa saber porque tomó parte en una expedición o porque la encabezó. La historia avanza de continuo con nuevas visiones y nuevos intereses. Hoy nadie discute si Colón era genovés o gallego; pero sí el fin de su propuesta a los reyes de España. En otros países se busca tener una participación en un descubrimiento que cambió los destinos de la humanidad y se da valor a las hazañas inconscientes de los pescadores o aislados aventureros, más nacidos de la imaginación que de la realidad. Nosotros mismos, que estudiamos la vida de Colón y sus descubrimientos desde hace más de medio siglo, no tocamos hoy los problemas que nos inquietaron en nuestra juventud. Las polémicas de entonces, con colombistas hoy muertos, las hemos olvidado porque más nos interesan problemas muy superiores. Por ello, por ejemplo, un sabio erudito como Pierre Channu habla de una nueva problemática (*La expansión europea: siglos XIII al XV*, Barcelona, 1977). Es una problemática que existió hace muchos años, que existe hoy y que existirá mañana, siempre con nuevos problemas y la seguridad de que, más adelante, surgirán otros.

Hoy se estudian las navegaciones de los chinos y de otros pueblos que amaron el mar. Es algo imprescindible. Hasta se investiga cómo se guiaban por las estrellas los polinesios. Estudios muy buenos y necesarios. Pero otros, como nosotros, recordamos lo que dijo Colón en el prólogo a su diario y que Vignaud tachó de falso: su viaje obedecía a la orden de los Reyes Católicos de llevar cartas y pedidos al Gran Khan de Tartaria. Por ello dedicamos tanta atención al Oriente, a los khanes, a los viajeros que, siglos antes de Colón, salieron a buscar esos khanes. Más páginas llenamos con visiones del Oriente que con el viaje de 1492, y nada decimos de la biografía de Colón porque la hemos estudiado en 1942 y poco tenemos que agregar.

Los intentos de revivir la vieja historiografía colombina a veces hacen sonreír. ¿Alguien va a discutir cuántos años tenía Colón el día que llegó a Guanahaní? ¿Alguien

va a poner en duda su patria genovesa? Un colega, muy querido, el doctor y académico Horacio Juan Cuccorese, movido por su talento, su bondad y su espíritu cristiano, resucita al doctor Rómulo D. Carbia en sus teorías, hoy difíciles de defender, y evoca las polémicas, en torno a Colón, que tuvo con varios colombistas, hace medio siglo, entre ellos, nosotros. Es algo muerto, que nadie volverá a tocar. Temas minúsculos, archisuperados por las nuevas concepciones que revolucionan la historia de la geografía. En 1935, Carbia y nosotros discutimos un instante si la carta catalana de 1375 tuvo o no tuvo influencia en algunos mapas posteriores. Carbia decía que no; nosotros, que sí. Hoy está en juego el conocimiento total de la Tierra antes de Colón, la geopolítica de los supremos mandatarios del Oriente y de Occidente, los viajes de los embajadores europeos a la China y los de los mongoles a Europa. La política, con alcances universales, de los Reyes Católicos. Y la comprensión final de que el viaje de Colón, como los de Pián del Carpine, Rubruck, Polo, etcétera tuvieron por fin proponer amistad y alianza a los khanes de Tartaria, como ellos también deseaban, para combatir unidos al enemigo común: el mahometismo. Una polémica insignificante, menos que menuda, comparada con una polémica en que se debaten problemas mundiales. Si Carbia viera lo que hoy se estudia tal vez no lo podría creer. Los investigadores actuales tienen problemas muy superiores, de alcances enormemente mayores, que los de hace medio siglo. Todo ha cambiado. Hoy se contempla el mundo; entonces discutíamos pequeñeces. Estamos renovando la geohistoria, la geopolítica nunca tratada en los temas colombinos. Todas las naciones quieren tener algún mérito en el dominio de la Tierra, en el conocimiento de todos los mares y todos los desiertos.

Frente a este nuevo género de investigaciones, la personalidad de Colón se diluye o disminuye. No es el protagonista indiscutido. Es un partiquino. En algunos congresos o encuentros de historiadores destinados a conmemorar el quinto centenario del descubrimiento, no se ha invitado a Italia y en otros se ha querido suprimir la palabra descubrimiento por las de encuentro de dos mundos o dos culturas. No mencionamos las publicaciones delirantes que hablan de genocidios y otros desvaríos. Las injusticias

o absurdos algún día harán reír o indignar. Los que reivindican méritos llegan un poco tarde, como llegaron tarde después de haber hecho Colón su viaje de 1492. Seguimos convencidos de que Colón fue el genio, el erudito que descubrió América, o sea, el camino a la India del Gran Khan, antes de su partida "ad partes Indie". Comparar su concepción cosmográfica con las navegaciones sobrehumanas de los polinesios es impropio e inconducente. La lógica no lo admite; pero se hace y por estudiosos eminentes. En esta lucha por la verdad, aun falta mucho para alcanzar los resultados esperados. Un mundo de ilustres historiadores está empeñado en el estudio de los intercambios comerciales: viajes de árabes y de chinos y de otros pueblos que habrían unido extremos terrestres muy distantes. Nosotros hemos creado una visión olvidada o desconocida: la geopolítica medieval y renacentista que condujo, indefectiblemente, inexorablemente, como había enseñado Mandeville, como demostraban su posibilidad mapamundis y humanistas, a dar la vuelta al mundo y llevar al Oriente la propuesta política de Occidente para dar a los reyes de España el dominio de la Tierra. Sabemos muy bien que los nacionalismos de otros países de Europa y en general, los enemigos de España, por tradición o por ignorancia, combatirán esta tesis y disminuirán, a sabiendas, el genio y la empresa de Colón.

Además, en este estudio novísimo de los intercambios comerciales o de navegaciones que surcaban tantos mares, hay que saber qué fuerzas, motivos, intereses o ideales los producían. Portugal envió exploradores al Oriente y al África para llegar a la India con el propósito de encontrar al Preste Juan, en el cual se concentraban tantas esperanzas políticas. España buscó con Colón el camino de Occidente para alcanzar el Oriente y proponer al Gran Khan un plan estratégico que iba a cambiar los destinos del mundo. Los chinos llegaron a las costas del África para buscar la jirafa, el animal de la felicidad, y, cuando se decepcionaron de ella, abandonaron esa navegación. Esto significa que no sólo hay que averiguar qué navegaciones se hacían, sino para qué se hacían. Hay, indudablemente, alguna diferencia de mentalidad entre un pueblo que busca emperadores que puedan ser sus aliados frente a un peligro mundial, y otro pueblo que busca una jirafa porque la considera sím-

bolo de la felicidad. Si en vez de ser impulsados por el ideal de una jirafa, los chinos hubiesen sido arrastrados por otros propósitos, no sabemos qué influencia hubieran tenido en la historia de la humanidad.

En la historia de las motivaciones hay que indagar las fuerzas o ideas que originaron viajes, empresas, sueños. No vamos a empezar con la prehistoria de los desplazamientos humanos. Seguiremos con los fines comerciales y los más positivos de la política y la diplomacia. Antes se creía que muchos monjes eran evangelizadores; que no pocos viajeros eran comerciantes; que otros eran exploradores. Estamos convencidos de que todos eran enviados políticos y diplomáticos y que marcharon por caminos conocidos desde siglos, señalados tal vez por mercaderes de épocas remotas.

Los grupos que produjeron expansiones geográficas antes de Colón, en Europa, no fueron tan numerosos como pretenden hacer creer los historiadores que tratan de distribuir los méritos del descubrimiento de América entre muchas naciones. Es una manera de rebajar los méritos de Colón, de la ciencia española y de Italia. Salvo las cruzadas, que quedan en el olvido y no pensaron más que en el sepulcro de Cristo, los viajeros que llegaron al corazón del Asia no respondieron a grupos, sino a un par de reyes y a un Papa. Fue después de Colón que empezaron a actuar grupos de comerciantes, de corsarios y de piratas que se aprovechaban de los esfuerzos de los españoles y portugueses. Unas traían oro de América, y los otros de la Mina, en África. La importación de especias se conoce desde la Edad Media.

La génesis de ciertos hechos históricos, como el de Colón, no debe buscarse en grupos europeos, ni siquiera en Portugal. El rechazo del rey de Portugal no produjo el viaje de Colón. Lo único que hizo fue hacerle mudar de domicilio. Los viajes portugueses anteriores al de Colón tal vez le dieron alguna noticia, de tierras o sombras lejanas que confirmaron sus conocimientos bebidos en mapamundis y en humanistas clásicos y renacentistas. Otras naciones incluso Italia, su patria, no le aportaron nada. En el mismo Portugal hay historiadores que defienden la tesis de los viajes clandestinos, de acuerdo con una política o procedimientos del secreto, y otros que la niegan y sostienen, posiblemente con un poco de razón, que nunca hubo tales se-

cretos. El rey de Portugal, repetimos, sabía que la India Oriental no era la India de las grandes riquezas del Ganges. Por ello su desinterés en el viaje propuesto por Colón no respondía a un conocimiento secreto, sino a un conocimiento erudito, tan erudito como el que tenía Colón. La diferencia está en que Colón quería llevar la palabra de unos reyes al Gran Khan y el rey de Portugal quería llevarla por otro camino, más seguro y más directo, al Preste Juan. No se equivocó, como demostraron los hechos. A la India Gangética no se pudo ir porque no se encontró un estrecho. Por el África y el Océano Índico se llegó a Calicut, a la India de las inmensas fortunas.

Hay que tener cuidado, en las resurrecciones históricas, de no hacerlas con el criterio o la visión de nuestro tiempo. Es cometer errores de apreciación muy graves. Lo difícil es colocarse en el tiempo del tema que vamos a tratar. Debemos pensar como los hombres del instante histórico que analizamos, saber qué intereses e ideales tenían, comprender sus problemas, sus necesidades, sus aspiraciones, y saber cómo lograron sus éxitos o cayeron en sus fracasos. Los porqué a veces se encuentran y otras veces no se hallan jamás.

Es indudable que el viaje de Colón cambió los destinos del mundo. Dos pequeñas naciones, en pocos años, dominaron el continente americano, el África y gran parte del Asia. Los viejos imperios quedaron a su merced. España, sobre todo, transformó radicalmente las culturas, primitivas, unas, y más elevadas, las otras, de la América que hoy habla español. Portugal no hizo tanto en sus dominios, pero dejó un Brasil que es una de las naciones de mayor importancia en el mundo, y colonizó grandes extensiones del África y del Oriente. En menos de un siglo, la paz de la Tierra fue transformada radicalmente. Y esto no sólo ocurrió en la expansión geográfica y humana, sino en la cultura y en las ideas. El mundo fue europeizado por España y Portugal. Luego vinieron los seguidores, explotadores de lo que otros habían hecho. En síntesis, el viaje de Colón fue el inicio de un cambio tan radical que no se conoce otro en la historia de la humanidad.

Hay coincidencias curiosas y casuales en la historia de la expansión hispano-portuguesa. Vasco de Gama llegó a Calicut el 20 de mayo de 1498. Al mismo tiempo, Colón

tocó el continente americano, Alfonso de Albuquerque murió en Gao el 16 de diciembre de 1515. Juan Díaz de Solís fue comido por los indios en la costa del Uruguay a principios de 1516. En México, la Malinche guió a Cortés. En la India, fue un marino árabe, Ahmed Ibn Madjid, que guió a Vasco de Gama. El 10 de julio de 1499 se supo el éxito de Vasco de Gama. El 13 de marzo de 1500, Pedro Álvarez Cabral salió con trece navíos rumbo a la India. Nunca se sabrá porqué tocó en la costa del Brasil y siguió viaje a su destino prefijado. Vespucci emprendió su viaje a la costa americana para buscar un estrecho en 1501. Cattigara quedó en la esperanza de Vespucci. El 9 de enero de 1501, Cabral con su escuadra volvió a Europa y las naves tocaron Portugal entre el 23 de junio y el 21 de julio de 1501.

El temor de España y del Vaticano al poder musulmán era una realidad superior a la imaginada. Del Pián, Rubruck, Polo, sabían muy bien que había budistas y musulmanes. Cabral comprobó que existía un "mare islamicum" que iba desde los mares de la India hasta las Molucas. El comercio estaba en manos de los musulmanes. La religión de Mahoma dominaba medio mundo. Por algo habían querido oponerse a sus avances los mongoles y los cristianos. Papas y reyes de Francia y de España tenían razón en su política de oposición a los musulmanes. Las cruzadas no habían pasado de un prólogo. Las misiones diplomáticas de los monjes franciscanos y de los Polo habían quedado en palabras. El único renovador, que volvía a lo antiguo y presagiaba el futuro, había sido Colón. Los Reyes Católicos lo comprendieron y le prometieron buscar la alianza del Gran Khan de Tartaria no bien terminasen la guerra con el rey moro de Granada. España no interrumpió su cruzada de ocho siglos y la continuó, en otro continente, durante tres siglos más. Mil cien años combatió, en total, España contra los enemigos de Cristo y en pro de la unidad espiritual de la Tierra. Portugal se sorprendió y decepcionó cuando comprobó que era imposible hallar el Preste Juan. Para colmo, los musulmanes contaban con la amistad de los venecianos. Los negocios eran los negocios. En 1502, Vasco de Gama volvió a la India con sus treinta naves. Era una expedición grandiosa. Vespucci no había podido hallar un estrecho y salir al Sinus Magnus

en procura del cabo de Cattigara que figuraba en el mapa-mundi de Ptolomeo. Pero los esfuerzos portugueses no fueron vanos. Conquistó la India y estableció en ella su dominio. Los sueños de los reyes portugueses se habían realizado. España en la India Oriental; Portugal en la India ganguítica. Ambas naciones habían llegado, por vías opuestas, a sus destinos; pero sus propósitos de alianzas con el Gran Khan y el Preste Juan se habían esfumado. No se sabía dónde estaban. Y si estaban en alguna parte ya no eran necesarios. El comercio, la colonización, la fusión de los pueblos constituían una alianza muy superior a la de tratados con esos monarcas fabulosos. La historia hacía todo. Portugal se afianzó también en África. En realidad, poseía más tierras que España: toda el África, casi todo el Oriente. España contaba con la India Oriental que, en 1507, empezó a llamarse América. Portugal trataba con pueblos de elevada cultura, que competía con la de Europa. España se halló con el mundo más misterioso e incomprensible que imaginarse pueda. Gentes antropófagas al lado de imperios increíbles. Arquitecturas, esculturas, obras de arte sorprendentes que desconocían la rueda y la escritura, el hierro y la bóveda y, al mismo tiempo, fabricaban joyas de oro y piedras preciosas.

La epopeya de Portugal en la India y demás tierras del Oriente fue grandiosa. Europa empieza a admirarla. Portugal quiso dominar Persia, el Mar Rojo y, en otro extremo, Indonesia. España estaba en Filipinas. Los campeones del mundo se encontraban en los extremos de la Tierra: en Asia y en América. Portugal no respetaba la línea de Tordesillas. Avanzaba hacia el Oeste, soñaba unir el Atlántico al Pacífico. Se había apropiado del sueño de Colón. No había estrechos, sino tierras infinitas cubiertas por un enorme Matto Grosso: las selvas más densas del planeta. Las Molucas, China, Japón; todo el inmenso Océano Pacífico, el Sinus Magnus de Ptolomeo y de Martellus estaba en su poder. Por algo los historiadores actuales, de fines del siglo xx, prestan más atención a las empresas portuguesas en Oriente que a la española en América. Las dos fueron sorprendentes y tocaron lo sublime. Las historias de Homero y Julio César, la expansión de Grecia y de Roma, quedaban lejos y no podían compararse con la epopeya sobrehumana que desenvolvían España y Portu-

gal. Pensar en Carlo Magno habría sido descender a algo infantil. Las mismas cruzadas no pasaban, frente al espectáculo de las conquistas de Portugal y España, de juegos de niños. El mundo, en el siglo xvi, entró en una fase sobrehumana que nadie ni nada podrá superar. Todo lo había desencadenado la doble acción de España y Portugal. España tuvo a Colón y a los Reyes Católicos. Portugal tuvo a sus reyes, previsores, inteligentes, audaces y decididos. Primero la India del Ganges; después las tierras abandonadas del continente que, un día, se llamaría América. España, atada por sus tratados con Portugal, no podía moverse entorno al África. El África, era el camino del mundo: seguro, con sus costas en donde los navíos podían salvarse, directo a la India. El otro camino, el del Océano, era lo único que quedaba a España y que Colón se atrevió a franquear. Por ello, España no se desprendió de Filipinas e intentó penetrar en el Oriente; pero la barrera de Portugal, con sus tratados, se lo impidió. A cambio de Filipinas, un día del siglo xviii, tuvo que ceder la inmensidad del Brasil.

China siguió impenetrable como lo había estado siempre. Ni los misioneros, ni los comerciantes —no soñemos con conquistadores— lograron romper sus murallas, no de piedra, sino de creencias, principios, más duros que la piedra. Los que lograron infiltrarse hicieron menos que Polo y los monjes que los precedieron. En Filipinas hubo choques de cristianos y musulmanes. En China no hubo más que silencio. China siguió su historia con otros nombres, pero con los mismos problemas. La invadieron los manchúes, como antes la habían invadido los mongoles.

Es así cómo Europa, representada por España y Portugal, se fue extendiendo sobre el mundo. Luego se agregaron otras naciones, como Holanda, Francia e Inglaterra. El mundo se hizo europeo, salvo algunas partes del Oriente, como China, que siguió incólume en su tradición. De todas las regiones de la Tierra, en otros tiempos ignoradas o mal conocidas por Europa, la que más avanzó en la cultura y la civilización, después de los viajes de Colón y de Gama, fue América. Su nuevo nombre, nacido de Vespucci, en Saint Dié, la hizo irreconocible. No fue más la India Oriental de Martellus, ni la península de Thinae, de Ptolomeo, ni el continente del Dragón, de épocas fabulosas. Fue la

síntesis de Europa y una fusión racial con los pueblos autóctonos. Las razas se mezclaron. Las culturas no se unieron, ni mezclaron, ni fusionaron. Las culturas americanas habían muerto antes de la llegada de los españoles. Sus escorias hoy apenas se conservan en museos. América es la humanidad, es la obra del cristianismo asimilador, generoso para todos los hombres descendientes de Adán.

II

ANDRÉS BERNALDEZ Y "LA VUELTA ALREDEDOR"

Los historiadores que han estudiado la vida de Colón han creado una nebulosa que impide conocer su pensamiento. Lo mismo ha ocurrido con los Reyes Católicos, los monarcas españoles que decidieron la empresa. Del primero se habla como de un hombre que murió sin comprender su inmenso error y de los segundos como de unos personajes de fondo, que adornan la escena, que vacilan, que sólo la reina se deja sugestionar, el rey es un consorte intranscendente y todo lo resuelve un judío convertido que presta a los reyes un dinero sin el cual nada se habría hecho. Esta es la historia de los protagonistas que determinaron el gran viaje de Colón.

La realidad es en extremo diferente. Colón, presentado como un iluso, más o menos ignorante, era un hombre de enormes lecturas, buen latinista, como decía el sacerdote Andrés Bernaldez, que ofrecía a los reyes un plan geopolítico como no hubo otro en la historia de la humanidad. Los reyes de España eran otros actores de amplia cultura, que consultaban viejos mapas, que sabían muy bien lo que hacían y que se decidieron a poner en práctica el proyecto político más grandioso que recuerda la historia.

Este proyecto era el de ir a los dominios de los descendientes del Gran Khan de Tartaria para lograr su conocimiento y su amistad. La lucha contra los musulmanes —turcos, árabes, etcétera— databa de siglos y había llegado, con la toma de Granada, a un punto que se consideraba definitivo, pero que había que continuar para exterminar a los infieles. El propósito de unirse a los tártaros

para hacer un frente común a los musulmanes era viejo de quinientos años. Había comenzado con los Papas y reyes españoles y franceses del siglo XII y no se había detenido. Había que continuarlo, ponerlo en práctica y alcanzar, por fin, un triunfo completo sobre toda la Tierra.

El propósito medieval de evangelizar el Oriente para lograr la conversión y la amistad del Gran Khan de Tartaria no había desaparecido. Lo vemos brillante, como único motor, en los planes colombinos y de los Reyes Católicos. Colón, lo hemos dicho muchas veces, era un hombre de extraordinaria cultura. Sabía del mar y de las bibliotecas todo cuanto podía saberse en los años de su vida. Por ello supo que los antiguos conocían la existencia del continente hoy llamado América con el nombre de India Oriental. Aristóteles les había enseñado que entre Europa y la India la navegación era muy breve y podía hacerse en pocos días. Se refería a nuestra América, llamada India Oriental, no a la de los khanes, infinitamente más lejos. Lo dice muy claro el mismo Colón en el libro llamado de las profecías:

“Todo lo que hoy se navega, todo lo he andado. Trato y consideración he tenido con gente sabia, eclesiástica e seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras sectas. A éste mi deseo fallé a Nuestro Señor muy propicio, y hube de él para ello espíritu de inteligencia. En la marinería me hizo abundoso de astrología, me dio lo que abastaba y ansí de geometría y aritmética e ingenio en el ánima y manos para dibujar esfera y en ellas las cibdades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su pronto sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografía, historia, crónicas y filosofía, y de otras artes, ansí me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacedero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución de ello.”

La cultura de Colón era amplísima. Si estudió en la universidad de Pavía, como dice su hijo don Hernando, o no estudió, como sostienen algunos colombistas, sin ninguna razón, no es una cuestión que ahora interese. Lo que vale son los autores que Colón cita y leyó. Esos autores, como Marco Polo, le hicieron saber que en el Oriente había reinos sorprendentes a los cuales era fácil llegar por tierra y, como decía Aristóteles, también por mar. Otro autor, el

científico Juan de Mandeville, le demostró cuán factible era llegar al Oriente por el Occidente y dar la vuelta al mundo. Otros muchos autores confirmaron estos conocimientos. El mapamundi de Ptolomeo le mostraba las tres Indias del Asia separadas de un continente que era la cuarta India, la Oriental, por un mar llamado Golfo Grande, Sinus Magnus (Pacífico), con la reproducción de Ptolomeo. Conocía, pues, a la perfección, el camino de las tres Indias asiáticas: primero, navegar en el Atlántico; segundo, cruzar la India Oriental; tercero, navegar en el Sinus Magnus y, cuarto, alcanzar las tres Indias. La meta final eran las tres Indias. En una de ellas moraban el Gran Khan y el Preste Juan.

Los colombistas de todos los tiempos han supuesto que Colón vivió un inmenso error: suponer que era posible navegar, en un solo viaje, desde España hasta las tres Indias, "las Indias" o "partes de las Indias", como decían los documentos. Esta suposición no puede ser más falsa y contraria a toda la documentación existente. Los colombistas han reproducido muchas veces el llamado pasaporte dado a Colón por los Reyes Católicos y la credencial que se agregó al documento anterior. Lo que no han hecho es analizar estos testimonios y comprenderlos. Es preciso volver a ellos para tener una idea clara de lo que pensaban los reyes y lo que se proponía Colón respecto al viaje que iba a hacer "ad partes Indie".

En efecto: los estudiosos de Colón no se han detenido a descubrir qué pensaban los reyes Fernando e Isabel acerca del viaje que habían ordenado a Colón. Se ha supuesto que no tenían una idea exacta de lo que se iba a realizar. No debían o podían saber adónde iba a dirigirse el almirante, ni qué países visitaría, ni qué monarcas encontraría en su camino, ni qué debía o podía decirles, en su nombre, cuando los encontrase. En ningún instante, de acuerdo con los documentos mencionados, surge la posibilidad de que Colón se haya lanzado a un viaje sin tener una meta perfectamente conocida. Colón no era un insensato que iba a emprender un viaje sin un fin bien conocido, calculado y prefijado. Los reyes sabían adónde se dirigían esas naves y con qué fin partían. Imaginar lo contrario: que sólo se preparaban navíos para navegar hacia lo desconocido, solamente hacia las partes de la India —nada

más— pueden pensarlo los colombistas de rutina, pero no es justo atribuirlo a los reyes de España, ni a Colón, ni a los sabios que, unánimes, habían aprobado el proyecto del viaje. Ha llegado el momento, en la historiografía colombina, de desechar tanta ignorancia e inconsciencia en las mentes de los reyes, Colón y asesores, y reconocer que todas esas personas sabían muy bien lo que hacían y para qué lo hacían.

El llamado pasaporte fue dado a Colón en la ciudad de Granada, el 17 de abril de 1492, y firmado por Yo, el Rey, y Yo, la Reina. La autoridad de este documento es insuperable. La palabra y la orden de los reyes de España que era algo supremo. Los reyes sabían a la perfección adónde se dirigía Colón y con qué reyes debía encontrarse y tratar con ellos. Al igual que Colón conocían su historia del Oriente, con las luchas de los cristianos y tártaros en contra de los musulmanes. En las Indias había reyes que podían ser sus aliados en una empresa de alcances mundiales. Eran los descendientes o sucesores de los khanes —los Ming—, monarcas de gran poderío, pero cuyos nombres —en esos momentos— desconocían. Por ello, el llamado pasaporte fue escrito en latín: lengua que se suponía universal o conocida por hombres de cierta cultura. Analizaremos la traducción al español. Empieza por dirigirse “a todos los serenísimos e ilustrísimos reyes, a sus primogénitos, consanguíneos y amigos nuestros queridísimos”. Eran los descendientes o sucesores de los khanes. Colón hablaba del Gran Khan y lo menciona con este nombre cuando, al comienzo de su diario de navegación, expone las causas por las cuales hacía ese viaje; pero los reyes, más cautos, sabían que el Gran Khan había muerto siglos antes. Por ello se dirigen a sus sucesores, “primogénitos y consanguíneos” y “además, a los ilustres y famosos nobles y magníficos varones, a todos los duques, marqueses, condes, viscondes, barones, señores de tierra y dominios, a las comunidades y personas particulares, amigos benévols y devotos nuestros, y también a los capitanes, patronos y subalternos de todas las naves de tres y de dos órdenes de remos, y de todas las naves que sirven bajo cualquier bandera y estipendio, y también a todos los oficiales y súbditos vuestros que desempeñan cualquier oficio, grado, autoridad, preeminencia y ejercicio...”

Los reyes de España estaban convencidos de que Colón encontraría otros monarcas y autoridades al final de su viaje y que trataría con ellos. Es por esta razón que se dirigían a tanta gente, le deseaban "salud" y explicaban que enviaban "al noble varón Cristóbal Colón con tres carabelas armadas a las partes de la India. . ."

Nótese bien: "a las partes de la India". No dicen los reyes a cuál de las cuatro Indias conocidas, incluyendo la Oriental del mapamundi de Martellus, se dirigía Colón. Forzosamente, con el mapamundi por delante, la meta, el final, de su viaje no podía ser otra India que la Oriental: la primera que encontraría al término de su navegación. Los reyes agregaban que Colón era enviado "por fortalecer algunas causas y negocios para aumento de la fe ortodoxa y también para beneficio y utilidad nuestra conciernes".

Colón era un embajador de los Reyes Católicos que se dirigía a las partes de la India para hablar con los reyes de esas tierras y fortalecer causas y negocios que podían aumentar la fe ortodoxa y otras cosas. El fortalecimiento de la fe significaba combatir a los musulmanes. Es lo que debía explicar Colón. Por ello, los Reyes Católicos pedían a los monarcas y demás personajes mencionados que, al pasar por sus tierras, fuese "bien tratado", "le tengais por recomendado", "no solamente benignamente acogerse y hacer ser recibido en vuestros reinos. . . sino que también le dejéis entrar y libremente permitáis y mandéis. . ." "Además, rogados y requeridos por el mismo en obsequio nuestro favorescáis al predicho con ayuda, obra, auxilio, favor oportunos. . ." Etcétera. El documento termina con otros ruegos, que "permitáis pasar sin pagar ningún derecho o gabela", y la promesa de que "si alguna vez sucediere que los vuestros vinieren a nosotros y navegaran por nuestros mares, no solamente según nuestras costumbres, sino también por vuestra consideración querríamos recomendarlos".

Este pasaporte estaba dirigido a los monarcas de las partes de la India descendientes del Gran Khan. Colón iba a esas regiones, se encontraría con esos personajes y les hablaría de muchas cosas, comenzando por el aumento de la fe cristiana.

La llamada carta credencial fue dada también en Granada, por los Reyes Católicos, unos días después, el 30 de

abril de 1492. Es una carta dirigida a un "Serenísimo príncipe" con un espacio en blanco. Los reyes ignoraban el nombre del descendiente o sucesor del Gran Khan. Colón, cuando lo supiese, podría escribirlo. Los reyes lo llamaban "Amigo nuestro queridísimo". Le deseaban "salud y prosperidad" y le decían unas palabras cuyo análisis es importantísimo para comprender el fin de la empresa colombina. Estas palabras coinciden con las que Colón escribió al comienzo de su diario de navegación. Demuestran que el diario es auténtico y no inventado o falseado por el Padre Las Casas, como sostuvo algún colombista ofuscado, y algo más: prueban que existía una identidad de ideas, respecto al fin y al origen de la expedición, entre los Reyes Católicos y Colón. Los reyes dicen lo siguiente:

"Por los relatos de algunos súbditos nuestros y de otros que de esos reinos y comarcas llegaron a nosotros, con gozo entendimos cuán buen ánimo y excelente voluntad tenéis para nosotros y para nuestro estado, y con cuánto afecto del ánimo acerca de nuestras cosas felices deseáis cercioraros."

Nótese bien: los reyes sabían que los monarcas del Oriente habían enviado a Europa súbditos suyos que se habían interesado en su felicidad. Sabemos a la perfección cuantos emisarios, embajadores del Oriente, llegaron a Roma y a las cortes de España y de Francia. Es, exactamente, lo que recuerda Colón. He aquí sus palabras:

"Por la información que yo había dado a Vuestras Altezas de las tierras de India y de un príncipe que es llamado Gran Khan, que quiere decir en nuestro romance rey de los reyes, como muchas veces él y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe porque les enseñasen en ella y que nunca el Santo Padre la había proveído y se perdían tantos pueblos... y Vuestras Altezas... pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de India para ver los dichos príncipes y los pueblos y las tierras... y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe... mandaron Vuestras Altezas a mí que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de India... y navegar tanto que yo llegase a las Indias y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado..."

Las ideas y los hechos coinciden admirablemente. Los reyes y Colón expresan las mismas cosas: reyes del Oriente que envían emisarios a pedir la fe de Cristo, el Papa que no contesta y los reyes de España que resuelven acceder a esos pedidos y envían, como embajador suyo, a Cristóbal Colón. Los reyes recomiendan algo más al Serenísimo Príncipe a quien escriben: "Por lo cual determinamos enviaros como portador a nuestro noble capitán Cristóbal Colón, el cual la buena salud y feliz estado nuestro y todo lo demás que le mandamos que os refiera como de mi parte, podáis conocer. Os rogamos, pues, que prestéis a sus relatos fe cierta como a nosotros. Lo cual nos sería muy grato, ofreciéndonos pronto y dispuestos a vuestros deseos". Una nota final dice que se hicieron tres copias de esta credencial: "Et fueron triplicate".

La coincidencia de los propósitos e ideas que encierran estos documentos, no sólo prueba la autenticidad de todos —que hoy sería absurdo volver a discutir—, sino que confirman la tesis de que Colón hizo su viaje para llegar a la India, encontrarse con los reyes de esas regiones y exponerles unos planes que sólo conocían él y los reyes. Éstos aseguraban al "Serenísimo Príncipe" que podía prestar a las palabras de Colón una "fe cierta como a nosotros".

El embajador Cristóbal Colón partía, pues, con el fin de llegar a la India y exponer al Gran Khan o a sus descendientes un plan de los Reyes Católicos, para la intensificación del cristianismo, como no había habido otro en la historia de la humanidad. Este plan comenzó a cumplirse con la llegada de Colón a las tierras de la India Oriental. Era la primera etapa. Los reyes de España estuvieron muy satisfechos de este triunfo. En su respuesta a la carta que Colón les escribió el 16 de agosto de 1494 le dijeron: "...parecenos que todo lo que al principio nos dijisteis que se podría alcanzar, por la mayor parte ha salido cierto, como si lo hubiéredes visto antes que nos lo dijédeses".

No entramos a analizar el problema del predescubrimiento de América por el mismo Colón, como lo confirmarían las palabras de la capitulación: "De lo que ha descubierto en las mares oceanas..." El predescubrimiento, tan bien defendido por el ilustre peruano Luis Ulloa, nuestro inolvidable amigo, nos parece muy probable y lo hemos aceptado y confirmado en nuestra historia de Colón del

1942. Ahora vivimos otros problemas: el de los motivos que hicieron embarcar a Colón. Estamos comprobando cómo Colón es enviado como embajador de los Reyes Católicos a las partes de las Indias, no para descubrir nuevas tierras, sino para entablar conversaciones con los reyes y autoridades de esas lejanas regiones. Llevaba un pasaporte y una credencial dirigida a un descendiente del Gran Khan, cuyo nombre se dejaba en blanco para que lo llenase Colón cuando lo supiese. Los reyes, una vez llegado Colón a la India Oriental, aprobaron esa primera parte de su viaje —“por la mayor parte ha salido cierto”—. Era la mayor parte del viaje. Faltaba la restane, o sea, hallar un estrecho, pasar al Sinus Magnus de Ptolomeo y Enricus Martellus y seguir navegando hasta la India donde se hallasen los descendientes del Gran Khan, así llamado por Colón. El almirante había demostrado que “todo lo que al principio nos dijisteis que se podría alcanzar” había “salido cierto”, Hernando Colón nos revela qué dijo Colón a los Reyes Católicos cuando les expuso el proyecto de su viaje: les mostró mapas, sin duda de Ptolomeo y Martellus, en los que se veían las costas del Oriente frente a las de Europa: el corto viaje de España a las Indias del cual habían hablado todos los cosmógrafos desde Aristóteles en adelante.

Hay que hacer notar un hecho que parece una contradicción y es sólo una muestra de prudencia tenida por los Reyes Católicos. Una cosa son los planes geopolíticos de los reyes de España y de Colón, sólo especificados en el pasaporte y en la credencial dadas a Colón, que hemos analizado, y otra cosa es lo que debía o podía revelarse en las capitulaciones firmadas con el Almirante el 17 de abril de 1492: documento en cierto modo público, refrendado por notarios, copiado, fácil de ser leído por muchas personas. En estas capitulaciones el fin político de Colón, su nombramiento de embajador y el encargo que se le hacía de hablar con los reyes del Oriente, los sucesores del Gran Khan, es silenciado u omitido. La capitulación es un contrato donde se hacen constar condiciones que los monarcas del Oriente no tienen porque saber. Se le dice, simplemente, lo que sigue: “Por cuanto vos, Cristóbal Colón, vades por nuestro mandato a descubrir e ganar con ciertas fustas nuestras e con nuestras gentes ciertas islas e Tierra Firme en la Mar Océana, e se espera que con la ayuda

de Dios se descubrirán e ganarán algunas de las dichas islas e Tierra Firme en la dicha Mar Océana, por vuestra mano e industria. . .” Las islas y la Tierra Firme eran las de la India Oriental que figuraban en el mapamundi de Enricus Martellus o se deducían como existentes al otro lado del mapamundi de Ptolomeo.

Otra prueba de que Colón alcanzó lo que se proponía —llegar a la India Oriental— nos la trae el duque de Medinaceli en su carta al gran cardenal de España, el 19 de marzo de 1493. Le dice: “(Colón) puede haber ocho meses que partió y agora él es venido de vuelta a Lisboa y ha hallado todo lo que buscaba y muy cumplidamente. . .”

Nadie dudaba del éxito porque quienes lo alababan sabían qué se había propuesto Colón: llegar a las Indias y, en efecto, había llegado. Y hay más. No bien partido Colón, el gramático Antonio de Nebrija compuso la primera gramática castellana que existe en este idioma. Se imprimió en Salamanca, el 18 de agosto de 1492, unos quince días de haber partido Colón en busca del Gran Khan. En el prólogo refiere que quiso imitar a Zenón, que compuso una gramática griega, y a Crates, una latina, pues la lengua española no tenía una gramática. No obstante, cuando dio una muestra de su trabajo al rey Fernando, éste le “preguntó que para qué podía aprovechar”. El obispo de Ávila, ahí presente, contestó en seguida, antes que pudiese hablar el autor, y le dijo: “Que después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tendrían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces, por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella”. Esto demuestra que el viaje de Colón tenía un fin político y militar bien definido: conquistar pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas e imponerles su idioma y sus leyes. Los pueblos y las naciones a que se referían eran los del Asia, los dominios del Gran Khan, en cuya búsqueda había partido Colón.

Quien mejor explicó los propósitos de Colón fue su amigo, el bachiller Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, en su *Historia de los Reyes Católicos*. Bernaldez conoció su vida y refiere de ella pormenores que no traen otros cronistas. Dice que Colón fue su huésped y le dejó algunas

escrituras en presencia de don Juan de Fonseca. En otro lugar afirma que Colón fue buen latinista y era hombre de indudable cultura. En el capítulo CXXIII escribe estos párrafos que arrojan una luz plena sobre las concepciones y los propósitos de Colón.

“Partió el Almirante a descubrir tierra firme de las Indias. . . Navegó pensando dar la vuelta alrededor y correr después de ver el cabo de la vía de su deseo, que era buscar la provincia y ciudad de Catayo, diciendo que la podía hallar allí, que es el señorío del Gran Khan, la cual se lee, según dice Juan de Mandeville y otros que la vieron, que es la más rica provincia del mundo y la más abundosa de oro y plata y de todos los metales y sedas. . .”

Estas líneas nunca han sido analizadas en la forma en que debieron serlo. Constituyen un tesoro inadvertido que, por pereza mental o simple distracción, no han merecido el cuidado que requieren. Ante todo, Bernaldez afirma que Colón partió a descubrir tierra firme de las Indias. En seguida nos dice que Colón pensó “dar la vuelta alrededor”. ¿Qué significa esto de “alrededor”? Algo muy simple: una vez llegado a la tierra firme de las Indias, en plural, le daría “la vuelta alrededor”. Únicamente podría dar la vuelta alrededor de una tierra firme que no podía ser otra que la India Oriental, hoy llamada América, para “correr después de ver el cabo de la vía de su deseo. . .” Colón, una vez llegado a la primera de estas “Indias” y haber pasado al otro lado, “alrededor”, y haber visto —“ver”— “el cabo de la vía de su deseo”, el camino para llegar a este “deseo”, que “era buscar la provincia y ciudad de Catayo”. Es evidente que este Catayo no estaba en la primera de “las Indias”, en plural, sino en el otro lado, “alrededor”, de la India Oriental, en el Pacífico. Colón decía “que la podía hallar por allí, que es en el señorío del Gran Khan”. Todos los mapas conocidos situaron siempre el Gran Khan en la India del Ganges o en la costa de la China, sobre el Pacífico, nunca en la gran península de la India Oriental. Además, Colón seguía a Mandeville, el cual la describía como “la más rica provincia del mundo”. Bernaldez creía que Mandeville la había visto. Le daba una plena fe y repetía que la provincia de Catayo “es —según Mandeville— en las partidas de hacia cerca de las tierras del Preste Juan de

las Indias, en la parte que señorea y mira el norte, por donde el Almirante lo buscaba". Nadie dudaba entonces del Preste Juan y todos sabían perfectamente que estaba en la India Mayor o del Ganges, y que para llegar a ese reino había que "dar la vuelta alrededor" de la primera de las Indias, la Oriental, pasar al Sinus Magnus de Ptolomeo, es decir, el Pacífico, "y correr" hasta el Catayo, vecino al Preste Juan.

El itinerario o viaje de Colón no puede estar mejor explicado. Bernáldez no ha sido considerado con la atención que es preciso dedicarle para comprender sus palabras, tal vez demasiado concentradas, pero precisas, exactísimas. Colón llegó a la primera India desde el Occidente, la Oriental, hoy llamada América, buscó el paso para "dar la vuelta alrededor y correr después" hasta "el Señorío del Gran Khan" y no lo encontró. Fue la barrera que, con palabras de Las Casas, se le cruzó en el camino e impidió completar su viaje. Es entonces, en 1496, cuando tuvo conversaciones con el cura Andrés Bernáldez. Colón había llegado en el mes de junio de ese año, "vestido de unas ropas de color de hábito de fraile de San Francisco, de la observancia". Habló con Bernáldez y comentó con él la distancia que le faltaba navegar para llegar, desde la India Oriental hasta Tartaria. Era cruzar la inmensidad del Pacífico: un viaje difícil de realizar, pero que cumplió, más tarde, Elcano. Bernáldez, con toda sensatez, hizo notar a Colón "que con otras mil e doscientas leguas andando el firmamento de la mar e tierra en drecho no llegará allá y así se lo dije e hice entender yo el año 1496, cuando vino en Castilla la primera vez después de haber ido a descubrir, que fue mi huésped e me dejó algunas escrituras. . ." Colón "entendió" que la distancia, desde la India en que se encontraba hasta la del Gran Khan era muy grande y no sabemos qué meditó. No había encontrado un estrecho o paso para "dar la vuelta alrededor y correr después" hasta el Gran Khan. No llegó nunca a la costa del Pacífico, no tuvo la oportunidad de vencer un Océano más ancho que el que había vencido. Bernáldez nos cuenta que el almirante, "de maravillosa y honrada memoria, natural de la provincia de Génova, estando en Valladolid el año de 1506, en el mes de mayo, murió *in senectute bona*, inventor de las Indias, de edad de setenta años, poco más o menos. . ." La vida mu-

cho lo había golpeado. En verdad, no tenía más de cincuenta y cinco años.

III

LAS MISIONES AL ORIENTE

Los estudios colombinos necesitan un conocimiento que muestra los antecedentes del propósito italiano y español de avanzar en el Oriente, no por los caminos trillados de los siglos XII al XV, sino por una ruta nueva y hasta entonces inconcebida.

Las relaciones entre el Occidente y el Oriente, durante siglos, han sido más intensas de lo que la historia puede recordar. Miles de documentos, sin duda de suma importancia, se han perdido a lo largo del tiempo. La vida angustiosa, terrible, de los misioneros, mercaderes y aventureros, no les permitía formar archivos, ni pensar en dejarlos para una posteridad que no interesaba. Lo que ha quedado ha sido milagroso. La peste negra arrasó lo poco que habían dejado las matanzas de Tamerlán y las depredaciones de los turcos.

Esta historia de las misiones es antigua. En 1741, la *Historia tartarorum*, de Mosheim abrió un panorama que sólo se amplió un siglo más tarde, en 1846, con la *Histoire générale des missions catholiques depuis le XIII siècle jusq'a nos jours*, del barón Nenrion, y en 1857-1883 con la *Storia universale delle missioni francescane* del Padre Marcellino de Civezza. Desde entonces, la bibliografía es enorme. La Escuela francesa de Roma, en el Palacio Farnesio, ha dado a luz obras notables. Muchas de ellas exhibían bibliografías con trescientas a cuatrocientas obras utilizadas y aportes documentales del Archivo Secreto del Vaticano. Son las cartas de los Papas a los khanes de Tartaria y las respuestas de estos personajes a los Papas y a los reyes de Francia y España. Seguimos, en este relato, a Jean Richard, *La Papauté et les Missions d'Orient au Moyen Âge (XIII-XV siècles)*, Ecole Française de Roma, Palais Farnesio, 1977.

Es indudable que la expansión del cristianismo en Europa y en el mundo representa la conquista de la civilización sobre la barbarie. Los pueblos nórdicos, incluida

Inglaterra, se convirtieron al cristianismo desde el siglo sexto hasta el undécimo. En el siguiente llegó a los eslavos y a las fronteras del Asia. Al mismo tiempo se intensificaron las diferencias entre distintas iglesias cristianas. La de Roma variaba en ritos y dogmas de la Griega. Ésta, a su vez, se dividía en grupos de cristianos que constituían comunidades autónomas en Rusia, en Georgia, en el Cáucaso, en Crimea y en otros lugares próximos al Asia. Los jacobitas o monofisistas, partidarios de Jacobo Zanzala, muerto en 578, obispo de Edesa, que defendía la naturaleza divina de Cristo, excluyendo la humana, iban desde el Levante y la Mesopotamia hasta el Asia Central. Otros reinos cristianos había en Nubia y Etiopía. Los nestorianos, seguidores del obispo Nestorio, que daba una sola naturaleza humana a Cristo (dyophysitas) se extendían en Mesopotamia y el Asia central. El Preste Juan, tan discutido en su realidad histórica, era nestoriano y lo mismo se le ubicaba en Etiopía que en el Norte de la India. Estos grupos religiosos peregrinaban a Jerusalem. Embajadores de reinos lejanos, tanto del Oriente como de Etiopía, llegaban a Roma y entregaban al Papa cartas y regalos.

Entre estos pueblos se hallaban dos fuerzas inmensas: la de los mongoles o tártaros y la de los musulmanes. Los cristianos de los extremos del mundo tenían la obligación de convertirlos. Primero había que convertir a los reyes; en seguida, a los pueblos. Órdenes mendicantes se lanzaron a esta acción. Monjes cirtencienses trataron, en 1220, de convertir a los habitantes de Livonia. El Papa Inocencio IV erigió en 1246 un arzobispado en Prusia, Livonia y Estonia. Los lituanos no se convirtieron hasta el 1386. Otros misioneros, como San Jacinto, muerto en 1257, se dedicaron a convertir a los rusos.

La caída de Jerusalén, en 1187, la división entre la iglesia romana y la iglesia armenia, las conquistas de Saladino, confirmaron cada vez más la necesidad de hallar nuevas fuerzas en otros lugares del mundo. San Francisco, con su prédica de cumplir el mandato de Cristo, de predicar a todos los pueblos, y el ejemplo de su viaje a Egipto, puso a la humanidad en marcha. Nacieron los órdenes mendicantes y predicadoras que se dirigieron a los ámbitos desconocidos de las estepas. Los húngaros se hallaron de pronto frente a los mongoles. Había que ir más

allá del Volga y, al mismo tiempo, combatir a los turcos o comanes. Esto fue en torno al 1237. La Gran Hungría y la Gran Bulgaria estaban sometidas por los mongoles. El Papa Nicolás III pidió a los franciscanos de Hungría que convirtiesen a los mongoles. Era el 1278. El rey de Hungría los rechazó en 1283 y el año siguiente fue vuelto a atacar por los mongoles. En 1399, los comanes o turcos de Hungría estaban convertidos. Sólo se habían resistido a cortarse el pelo y la barba.

Muy bien explica Jean Richard que hasta San Isidoro de Sevilla se creía que el Mar Caspio era un golfo del Océano septentrional y que sólo gracias a Guillermo de Rubruck se supo que el Asia era tan extensa como realmente es.

La tercera cruzada confirmó ese inmenso poder que existía en Oriente. Los turcos eran una barrera detrás de la cual vivían los mongoles. La existencia de un fabuloso rey David en Irán y el Asia central hacía soñar con posibles ayudas en contra de los turcos. Con la quinta cruzada hubo esperanzas de estrechar las relaciones entre los latinos y los cristianos orientales. San Francisco enseñaba a predicar a las gentes. Jacobo de Vitry y Olivier influyeron en el espíritu misionero. Los dominicanos empezaron a avanzar en el Asia. Bernardo, el Peregrino, y Enrique de Morungen llegaron hasta la India. El pseudo sepulcro de Santo Tomás los atrajo con su fascinación. El rey de Egipto y el Papa Alejandro III habían firmado convenciones relativas a los cautivos. Muchos cristianos, para no ser decapitados, se hacían musulmanes. Otros cristianos liberados aceptaban el rito copto. No faltaban los musulmanes que adoptaban el cristianismo. Baudouin, en 1243, propuso a Blanca de Castilla casar a Isabel de Montaigu con el sultán. En la primera mitad del siglo XIII fueron muchos los emisarios que los Papas enviaron al sultán de Egipto. Al mismo tiempo, los Papas trataban de unir la Iglesia latina a las iglesias orientales. No eran pocos los clérigos armenios partidarios de esta unión. Cuando los mongoles, en 1236, amenazaron Georgia, este país pidió ayuda al Papa. En 1255, Rubruck conversó con cinco domínicos en Georgia.

Los tártaros se habían presentado como un peligro en 1221. El Papa Inocencio IV intentó disuadir a los mongoles en sus fines conquistadores. El Papa pensó en otra

cruzada. Hasta que Urbano IV supo que los mongoles de Persia con el Khan Hulago proponían una alianza con los cristianos para combatir a los mamelucos de Egipto. Más tarde, estos mongoles se convirtieron al mahometismo, pero, entre tanto, de improviso, se mostraron como una esperanza. Había que convertirlos al cristianismo. Juan del Pián del Cárpine partió de Lyon el 16 de abril de 1245 con su compañero Benito de Polonia para su empresa inmortal. Había que descubrir el mundo de los tártaros y lo descubrió. Más aún: corrió la voz de que todos ellos, y el Gran Khan, se habían convertido. Adem de Marsh hizo correr esta voz en 1250. Le siguió, a los dos años, Guillermo de Rubruck. Se ha discutido si su fin era diplomático o religioso. Así llegamos a los Polo. Kubilay Khan, el amigo de Marco, pidió misioneros. Nicolás IV le envió a Juan de Montecorvino, el cual partió en julio de 1289.

La Tartaria del norte era recorrida por comerciantes de muchas regiones de Europa, empezando por los genoveses y los armenios. De ahí salían los caminos que llevaban al Asia central. El dominico Ricoldo de Montecroce llegó a Tabriz en 1288. Llevaba cartas para los prelados orientales. Había salido de la Persia oriental, entregada al mahometismo, para visitar los pequeños grupos cristianos del Asia. Lo siguieron otros emisarios, despachados por el Papa Bonifacio VIII. Entre ellos, un hermano Vasimpace llevó una carta de Clemente IV a sus hermanos predicadores. Por otra parte, el mallorquín Raimundo Lulio, el de la Barba Florida, fundó en Miramar, en 1274, un convento donde trece franciscanos aprendían el árabe para predicar a los mahometanos. En 1292 —dos siglos antes del descubrimiento de América— escribió su *Tractatus de modo convertendi infideles*. En su novela *Blanquerna* describe un monasterio donde cincuenta tártaros vivían con veinte monjes que les enseñaban su idioma para que treinta tártaros convertidos fuesen con cinco de los monjes a convertir al Gran Khan.

Lulio conocía el África musulmana; pero sus propósitos se dirigían al Oriente. Sabía que los tártaros podían convertirse al islamismo. Había que impedirlo para que se hiciesen cristianos. Esta conversión debían lograrla los cristianos orientales. La Iglesia debía conseguir que los cismáticos se uniesen a ella. Los mongoles de Persia se

hicieron musulmanes en 1295. Había que fundar iglesias en el Oriente y unir a los cristianos cismáticos. Dos fines que el Vaticano tuvo muy en cuenta para salvar al mundo de la amenaza musulmana. Esta labor debían realizarla los franciscanos y los dominicos.

En 1311, el Concilio de Viena ordenó que se enseñaran lenguas orientales en París, Oxford, Salamanca, Bolonia y otras ciudades. Inocencio IV autorizó a sus representantes a tratar con los excomulgados y conferir la tonsura. Tenían prerrogativas reservadas a los obispos. El dominico Andrés de Longjumeau, que había hecho dos viajes a los mongoles, aseguraba que podían crearse obispados entre los mongoles y los musulmanes. Así fue creado el arzobispado de Cambaluc (Pekín) por Juan de Montecorvino a fines de 1295. Al año siguiente, el 18 de febrero, murió Kubilay Khan. Lucalongo, rico comerciante, levantó una iglesia. Montecorvino fundó un convento que llenó de esclavos comprados y transformados en sacerdotes que sabían el latín y cantaban en el coro. Entre 1305 y 1306 realizó cuatro mil bautismos. Hacia 1330 murió Montecorvino. En 1338, dos genoveses llevaron a Aviñón una carta del Gran Khan. Su lectura despertó muchas ilusiones. El Papa Benito XII contestó con una embajada suntuosa de cuatro embajadores con rango de legados pontificios e innumerables regalos. Entre ellos se destacaba un caballo celeste. Juan de Marignolli describe la llegada de estos embajadores a Pekín en 1342.

Los franciscanos habían fundado en tierras tártaras cuarenta iglesias y tenían nueve mártires. Los dominicos sólo habían fundado quince residencias en las orillas del mar con unos quince monjes. El Mar Negro y Crimea contaban con muchas poblaciones cristianas. Los mercaderes genoveses y venecianos abundaban en ellas. Eran los confines del mundo cristiano frente a la inmensidad del Asia mongólica. En el siglo XIV, los cristianos comprendieron que los mongoles, cuya posible conversión suscitó tantas esperanzas, no aceptarían jamás el cristianismo. Salvo excepciones, todos se dirigieron al budismo. Si se hubiesen hecho musulmanes el mundo habría tenido otro destino.

En 1340, el Papa Clemente VI creó un arzobispado en Matrega (Temán), antiguo dominio bizantino, y lo confió a Juan de Ziquie. Éste lo había visitado en Aviñón

el año antes. Y volvió a Aviñón en 1358. Su pueblo estaba por hacerse idólatra o musulmán. El Papa Inocencio VI le pidió que levantara nuevas iglesias y nombrara sus obispos. Así surgieron nuevos obispados y nuevas iglesias. En 1392, los franciscanos Rogelio de Inglaterra y Ambrosio de Siena hablaron de la abundancia de cristianos en los montes del Caspio. Tamerlán, entre 1395 y 1396, deshizo Astrakán y Sarai y dejó desiertas las costas del Mar de Azov. Los cadáveres formaban montañas. El Mar Negro estaba perdido desde el 1482 en que Matrega cayó bajo el poder de los turcos.

Los franciscanos convencieron a Tamerlán que le era provechoso aliarse a los cristianos. En 1401, Tamerlán se puso en comunicación con el rey de Francia, Carlos VI, y le hizo saber su campaña contra Bayaceto. Carlos VI contestó a Tamerlán y el rey de Castilla le envió como embajador al historiador Ruy González Clavijo. En 1431, Tomás, un sacerdote de Etiopía, se dirigió en peregrinación a Roma. En 1403 llegaron de la India dos monjes, Abrahan y Saliba. En 1404, otros cristianos de la India llegaron a Sicilia para dirigirse a Roma y a Santiago de Compostela. Otro, en 1402, desde la India se fue a Venecia. A fines de 1407, según los anales de Boloña, había en Roma cinco hombres de la India. Las relaciones de Roma con Etiopía se intensificaron en 1450. Una embajada del emperador etíope llegó a Roma. Más tarde, Calixto III trató de lograr la alianza del Negus para combatir a los turcos. En Etiopía vivían muchos italianos. Eugenio IV también mantuvo contactos con los sirios.

En 1456, el Papa proyectaba una unión con el emperador de Etiopía y el rey turcomano para combatir a los turcos y a los mamelucos de Egipto. Pío II nombró patriarca de Antioquía a Luis de Boloña que se presentó con una misión compuesta por dos reyes georgianos, unos embajadores del emperador de Trebisonda y un emir de Armenia. Fue en 1460. En mayo del año siguiente se agregó un representante del Preste Juan. Pío II se convenció de que esta misión era una farsa y quiso aprisionar a Luis de Boloña; pero éste logró huir al Oriente. Unos autores consideran auténtica esta misión. Otros la suponen real en parte, con el añadido de unos aventureros, como el representante del

Preste Juan. Lo cierto es que causó impresión y el nombre del Preste Juan volvió a revivir.

No sabemos cuántos emisarios del Oriente llegaron a Europa y estuvieron en contacto con Papas y reyes, sabios y navegantes. El ilustre Jean Richard ha seguido las huellas de misioneros y comerciantes, de viajes innumerables que iban de Europa al extremo Oriente y desde estos confines a los reinos occidentales. Queda por saber un mundo de hechos: las iglesias que se levantaron en Oriente, los obispos que sucedieron a otros obispos, apenas conocidos, los misioneros, delegados de Papas y reyes que fueron a proponer planes a los Khanes de Tartaria y otros monarcas del Oriente. Es posible que algunos de estos viajeros hayan ido más allá de los lugares donde la historia los ha encontrado. No hacemos suposiciones. Lo cierto es que los mongoles no se convirtieron al cristianismo, como esperaban Papas y reyes de Occidente. Los atraieron, según las regiones, el budismo y el islamismo. La cristiandad perdió unos aliados maravillosos que habrían podido cambiar los destinos del mundo. Las iglesias cristianas del Oriente no se unieron, ni entre sí, ni con Roma. En Europa, el gran cisma que tuvo Papas en Roma y en Aviñón debilitó indudablemente el cristianismo y le impidió avanzar con sus cruzadas en tierras dominadas por los turcos y los mongoles. Rivalidades, al mismo tiempo, de Papas y reyes también fueron inconvenientes gravísimos que rebajaron las fuerzas europeas. La peste negra que asoló Europa a mediados del siglo XIV y dejó ciudades muertas fue, para colmo, otra gran causa que significó la ruina de las misiones. El insigne viajero Nicolás dei Conti, que recorrió el Oriente, no encontró cristianos latinos en 1440. De tantos años y siglos de excursiones inacabables sólo quedan, o sobresalen, unos pocos nombres de viajeros con misiones papales que nos descubren las inmensidades maravillosas del Asia: Juan del Pián del Cárpine, Guillermo de Rubruck, Juan de Montecorvino, Oderico de Pordenone y el gran Marco Polo. Sus escritos salvaron la historia medieval del Oriente. Un caso dudoso es el de Juan de Mandeville. Para unos críticos es un impostor que compuso, con sumo talento, un sorprendente libro con trozos de los viajeros mencionados. Para otros es auténtico todo lo que refiere salvo el largo viaje calcado en lo que dejó escrito Oderico de Por-

denone. Entre tanto, mientras la geopolítica vaticana planeaba la alianza de los cristianos con los mongoles para derrotar a los tártaros, España continuaba impertérrita su lucha de ocho siglos contra los moros. Navegantes, unos conocidos y otros ignorados, se lanzaban al mar, como los hermanos Vivaldi, en 1291 para dirigirse "ad partes Indis": los extremos del Oriente adonde habían llegado Marco Polo y otros enviados papales. El Oriente era buscado desde los extremos del mundo. No por sus tierras, ni sus especias, ni sus sedas, ni sus perlas, sino por los ejércitos tártaros que podían unirse a los cristianos y arrasar a los musulmanes. Estos ejércitos, infinitos como las arenas del mar, tenían jefes que la historia apenas conoce. Uno era el Gran Khan de los tártaros, sus antecesores, empezando por Gengis Khan, y sus sucesores. Otro era el fabuloso Preste Juan de la India, nestoriano, que para unos autores fue un personaje real y para otros el producto de una leyenda o serie de confusiones. Lo indudable es que reyes de Portugal creyeron en su existencia y en su posible ayuda, y otros reyes, los de España, se confiaron, en cambio, en la esperanza del Gran Khan de Tartaria. La búsqueda de estos monarcas del Oriente preparó las cortes de Portugal y de España para grandes expediciones con fines exclusivamente políticos, no comerciales, ni religiosos. El triunfo de Cristo sobre la Tierra sería una consecuencia natural de su éxito. Por ello el rey de Portugal, seguro de que la India Oriental no era la del Ganges, no aceptó el proyecto de Colón y, en cambio, lo escogieron con entusiasmo los reyes de España que dieron al Hombre el dominio de la Tierra.

IV

LOS EMBAJADORES A LOS KHANES

El peligro de los tártaros se hizo sentir en los primeros años del siglo XIII, cuando Gengis Khan conquistó Pekín en 1214. Era un hombre extraño, nacido en 1167 y muerto en 1227. Su vida ha pasado de la historia a la novela. Dejó un recuerdo de horrores y de conquistas que pusieron en sus manos una parte del mundo. El Turquestán occidental, Persia, Armenia y la India cayeron bajo su dominio. De-

vastó Georgia, aplastó a los rusos. Su imperio se extendió desde el Pacífico hasta el río Dnieper. Su sucesor, Ogodai Khan (1229-1241) amplió el imperio. Su sobrino Batú volvió a vencer a los rusos, a los polacos, a los checos y a los alemanes. Otro ejército mongol tomó Pest y amenazó Viena. La expansión de los mongoles fue detenida por la muerte de Ogodai. Guyuk, el nuevo jefe, gobernó de 1246 a 1248, en que murió. Vino el khan Mangú que confió los ejércitos a Kublai y a Hulagu. Kublai Khan fundó la dinastía de los Yuan, se radicó en Pekín y fue amigo de Marco Polo.

La ola tártara hizo temblar a Europa. Podía arrasarse todos los mapas. Pedro de Rusia pidió en el concilio de Lyon que se organizaran fuerzas para detener a los mongoles. Al mismo tiempo, desde siglos, existía otro temor: la presión de los musulmanes. Los mongoles y los musulmanes se combatían ferozmente. Hulagu había conquistado Bagdad. Una solución y salvación habría sido atraer a los mongoles, convertirlos en aliados y defenderse con ellos de los musulmanes. Es lo que se resolvió en 1245, en el Concilio de Lyon. Hayton, el prior de los premostratenses de Poitiers, defendió esta alianza en su libro *Flor de las historias del Oriente*. Así surgió el proyecto de la alianza de Occidente con el Oriente para hacer frente al poder de los musulmanes. Luis IX, rey de Francia, envió al Asia al franciscano Andrés de Longjumel para que hablara con el khan Guyuk. No logró verlo. Entonces, Luis IX encargó otra misión al célebre Guillermo de Rubruck, muerto en 1295. Rubruck encontró al khan Mangu en Karakorum. Su itinerario lo reprodujo Rogelio Bacon en su *Opus majus*.

El viaje de Rubruck completó el de fray Juan del Pián del Cárpine, enviado por el Concilio de Lyon, en 1245, a la corte de los tártaros, en Karakorum. Fray Juan presenció la elección del khan Guyuk, hijo de Ogodoi, el sucesor de Gengis Khan, el 24 de agosto de 1246. Beauvais reprodujo la *Historia mongolorum* en su *Speculum historiale*.

Los caminos del Oriente estaban abiertos. Los Papas y reyes de Occidente podían enviar sus embajadores a los tártaros. Había que convertirlos para que se uniesen a los cristianos en su lucha contra los musulmanes. Los embajadores se sucedieron: todos con el mismo fin. Bonifacio

VIII encomendó a Ricoldo de Montecroce, nacido en 1250, que convirtiera a los mongoles. Escribió su *Liber peregrinationis*. Otro Papa, Nicolás IV, en 1269, nombró arzobispo de Pekín al franciscano Juan de Montecorvino (1247-1328). Allí lo visitó Odorico de Pordenone. Había partido de Venecia en 1316 y vivió en Oriente hasta el 1329.

Estamos a mediados del siglo xiv. Una novela, *Le roman de Mandeville*, de 1340, sirvió a un autor desconocido para crear el pseudónimo de Juan de Mandeville. Este autor, acerca del cual tanto se ha escrito, fantaseado e investigado, fue un erudito extraordinario. Al igual que Colón, un siglo y medio más tarde, leyó todo cuanto se había escrito, salvo Ptolomeo, acerca del mundo en la antigüedad y en la Edad Media, su tiempo. Nada ignoraba de los secretos de la Tierra. Planeó un viaje alrededor del mundo con la precisión de Julio Verne. Las fuentes de su viaje se han hallado en los enciclopedistas de todos los tiempos, desde Plinio hasta los viajeros del Asia de su siglo. Copió de Rábano Mauro, *De inventione linguarum*, el alfabeto que reproduce en su obra. Juan I de Aragón, en su juventud, hizo traducir el libro de Mandeville del francés al aragonés y Martorell lo utilizó para su novela *Tirant lo Blanch*.

Los sabios de Europa empezaban a saber que era posible llegar al Oriente por la vía de Occidente, no por las viejas rutas que andaban los monjes diplomáticos, sino por la inmensidad del mar, que unía los extremos de la tierra. Mandeville demostró, sin la menor equivocación, que se podía dar la vuelta al mundo y atacar a los enemigos de la fe por las espaldas del Oriente. Fue el inspirador más directo de Colón. Al mismo tiempo, un franciscano español, cuyo nombre ignoramos, nacido en 1305, escribió en 1350 un libro en verdad extraordinario. Lo dio a conocer el gran americanista Marcos Jiménez de la Espada y se titula *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo e de las señales e armas que han cada tierra e señorío por si et de los reyes e señores que los proveen*. Es una valiosa compilación de viajes. Los estudiosos de la formación del pensamiento colombino no lo han tenido en cuenta. Sólo un autor español, Joaquín Rubio Tovar, ha reconocido su indiscutible transcendencia (*Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, 1986).

El libro del conocimiento habla de una "gran tierra" que es el continente americano. No sabemos qué influencia o qué ideas pudo despertar en los autores de su tiempo esta referencia, ni de dónde pudo extraerla el franciscano anónimo. Lo cierto es que leemos lo siguiente: "E dizen algunos que (el mar de la India) atraviesa toda la tierra hasta el Mar Occidental. E los sabios dízenle el Mar Meridional y desde este mar hasta el Polo Antártico es una gran tierra que es la décima parte de la faz de la tierra. E cuando el Sol es en el trópico de Capricornio pasa el Sol sobre las cabezas de los pobladores a los cuales llaman los sabios antípodas e son gentes negras, quemadas de la gran calentura del Sol".

El erudito Joaquín Rubio Tovar, tan bien informado y atrayente en sus exposiciones, nos dice que Ptolomeo pudo ser conocido en España en el siglo xi por la traducción al árabe de Ibn al Saffar. Sabido es que Ptolomeo coloca el Sinus Magnus entre la Indochina y la costa americana del Pacífico. La costa de este continente, que veremos ampliamente dibujado en Enricus Martellus, en 1489, es la Gran Tierra que está, según el *Libro del Conoscimiento*, entre el Mar de la India y el Mar Occidental, el Atlántico, llamado por "los sabios" el Mar Meridional. Esta gran tierra llegaba, por el Sud, hasta el Polo Antártico. La descripción del continente americano no puede ser más perfecta.

El autor anónimo del *Libro del conoscimiento* no pudo inventar esta gran tierra. Pudo deducirla de una posible, aunque poco probable, lectura de Ptolomeo, o de otros autores. Hombres como Joaquín Rubio Tovar podrían rastrear sus orígenes e influencias posteriores hasta el mismo Colón.

Lo indudable es que el siglo xiv tenía estos conocimientos y otros muchos que es preciso destacar para comprender el ambiente erudito, realmente sabio, en que vivían los cosmógrafos y políticos de aquel entonces, tan confiados en los khanes del lejano Oriente. La alianza del Gran Khan de los tártaros podía contar con otra ayuda: la del fabuloso Preste Juan de la India. Sus orígenes en la historia medieval comienzan en el año 1122, en que el Papa Calixto II oyó a un sacerdote nestoriano las maravillas de una iglesia dedicada a Santo Tomás en un lugar de la In-

dia. Mandeville llamaba al Preste Juan “el grant emperador de la India”. El *Libro del conocimiento* lo presenta como patriarca de Nubia y de Etiopía. Vivía en la ciudad de Malsa y llevaba un pendón de plata con una cruz prieta. El cronista Otto de Frisinga difundió que el “emperador Juan”, descendiente de los Tres Reyes Magos, había derrotado a los mongoles en 1141. Este Preste Juan despertó esperanzas infinitas por una carta que le fue atribuida y circuló desde el año 1165. La recibieron el emperador Manuel I y otros reyes de Europa cuando los mongoles aterraban a Europa y los musulmanes constituían otro inmenso peligro. No se sabe quién fue su autor. Ha sido reproducida muchas veces. Empezaba por decir que “toda nuestra creencia es en Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero”. El Preste Juan tenía sesenta reyes como vasallos. Los pobres eran alimentados “de nuestras rentas”. “E debéis saber que en nuestras partidas son tres Indias: India Mayor e India Mediana e India Menor en la que moramos Nos es la India Mayor y está en ésta el cuerpo de Santo Tomá apóstol”. En su tierra nacían grifos que podían llevar por el aire a un buey “para que coman sus hijos”. Sus ejércitos impedían salir a Gog y Magog, “que si ellos pudiesen salir destruirían el mundo”. En el desierto había serpientes y dragones, gigantes y animales extraños. El Preste Juan dormía con su mujer cuatro veces al año. Al final escribe: “Y estas cosas susodichas envié a decir a esas partidas en otro tiempo y confirmoles agora como nosotros las vimos e oímos”.

El autor de esta carta hace despedir al Preste Juan de unos embajadores que lo visitaron con unas palabras que debían conmovier al rey de España: “E como el Preste Juan vido que nos queríamos partir dél e de su tierra suspiró a dixo assí: Cuánto bien nos hiciera Dios Nuestro Señor si Nos al rey León de España, nuestro hermano, tuviéramos cerca de Nos porque los enemigos de Jesucristo fuesen menoscabados que mucho trabajados somos todos tiempos destas gentes crueles. Mas decid a mi amado hermano el rey León de España que se esfuerce como bueno con la gracia de Dios a mantener en sus reinos en verdad y en justicia; a que haga tales obras que sea Dios servido que todos parezcamos sin vergüenza ante la cara de Jesu-

cristo el día del muy espantable juicio. E agora id con la bendición de Jesucristo, el cual tenga por bien de vos guardar de los peligros deste mundo e del cuerpo el del ánima”.

Esta carta, superficial, llena de ingenuidades y leyendas, sólo pudieron admitirla como auténtica espíritus fanáticos e ignorantes. Lo único cierto es que confirmó lo que se repetía en Europa: la existencia de un monarca fabuloso en el Oriente que, si existió, fue uno de los khanes de Tartaria.

Las luchas de los mongoles, aliados de hecho con los cristianos, parecieron alcanzar un triunfo definitivo sobre los musulmanes en 1402, cuando Timor Lenk o Tamerlán, el cojo, venció al gran Bayaceto y lo hizo morir en la cárcel. La batalla famosa fue presenciada por los embajadores del rey español Enrique III, Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos. Tamerlán quiso tener la amistad del rey Enrique, le envió regalos y devolvió dos cautivas hechas por los turcos: Angelina de Grecia y María Gómez, por medio de su embajador Mahomed Aleagi. Enrique III retribuyó estas atenciones con su embajador Ruy González de Clavijo. Éste partió del puerto de Santa María el 21 de mayo de 1403 con el maestro en teología Páez de Santamarina y el caballero Gómez de Salazar. Llegó de vuelta, en Alcalá de Henares, el 24 de mayo de 1406.

González de Clavijo es tenido como autor de la *Historia del Gran Tamerlán*. En verdad no se sabe quién la escribió: El editor, Argote de Molina, tiempo después, le dio el título.

Pedro Tafur (*Andanças e viajes de un hidalgo español*, Barcelona, 1982), nacido probablemente en Córdoba en 1405 ó 1409 y muerto hacia 1480, tal vez conoció en el monasterio de Sinaí a Nicoló dei Conti y le habló del Preste Juan. Viajó entre 1436 y 1439 y escribió su obra en 1454, por la caída de Constantinopla. Nicoló dei Conti, veneciano, nació probablemente en Chioggia. Desde el 1401 hasta el 1429 viajó por la India y la China. Era mercader. Salió de Damasco y llegó hasta Borneo y Java. Volvió por el Mar Rojo. Permaneció en Oriente más tiempo que Marco Polo. En 1457 informó, con datos precisos, a sus amigos cosmógrafos y cronistas, como fra Mauro y Poggio Bracciolini, el famoso humanista, autor de *Historia de varietate*

fortune. Poggio era secretario del Papa Eugenio IV y escribió los relatos de Conti entre 1440 y 1450, en latín. Fueron traducidos al portugués y al italiano. Colón pudo haberlos leído. En 1420, Conti visitó el sepulcro de Santo Tomás en Mailapur (Madrás), en la costa de Coromandel. Pablo Gallez, en *L'Amérique du Sud dans la proto-cartographie*, encontró estas menciones del sepulcro de Santo Tomás: en Enricus Martellus, de 1489, *Hic S. Thomas occidit*; en Contarini-Roselli, de 1506, *Civitas S. Thomae*, y en Waldsemüller, de 1507, *Hic occisus S. Thomas*.

En cuanto al Preste Juan tuvo una fama muy superior a la de Santo Tomás en Oriente. A fines del siglo xv, antes de 1471, el *Libro del infante don Pedro de Portugal*, atribuido a Gómez de Santisteban, reproduce la carta del Preste Juan al rey don Juan de Castilla. A comienzos del siglo xvi, Américo Vespucci, en su carta a Lorenzo Pier Francesco de Médici, del 4 de junio de 1501, cuenta que las naves de Vasco de Gama "navegaron después hacia el septentrión, a la cuarta del gregal, navegando de continuo a lo largo de la costa que, para mí, es el principio del Asia, y provincia de Arabia Feliz y tierras del Preste Juan, porque allí tuvieron nuevas del Nilo, que quedaba de ellos hacia occidente, que, como sabemos, él separa el África del Asia".

Todavía en 1558, en el mapamundi de Diego Homen, vemos al Preste Juan sentado en un trono, con un gran báculo que sostiene una hermosa cruz. En la cabeza, el Preste Juan exhibe una corona real. El trono está sobre la cumbre de una montaña. El lugar es la India Maior ethiopi. No se trata de la Etiopía abisinia, sino de la Índica, pues más al oeste vemos el mar de los sinos o chinos, o sea, el Pacífico. Detrás del trono del Preste Juan hay un castillo de piedra, con cuatro torres. Al otro lado del castillo, cuatro grandes carpas y, más allá, otras dos. Es una de las más bellas representaciones del Preste Juan.

El Gran Khan tuvo una influencia comparable y superior a la del Preste Juan. El rey de Portugal envió como embajador ante el Preste Juan a Vasco de Gama. Los reyes de España dieron cartas y pasaporte ante los príncipes de las partes de la India a Cristóbal Colón. El almirante, en el prólogo a su diario de navegación, refiere que esas car-

tas estaban destinadas al Gran Khan. Los dos extraordinarios embajadores cumplieron sus misiones: uno, llegando a la India Gangética y el otro a la India Oriental; pero los monarcas deslumbrantes, el fabuloso Preste Juan y el auténtico Gran Khan, se habían esfumado en las tinieblas de los siglos.

**INTENTO DE UN ANÁLISIS DEL DEVENIR
POLÍTICO ARGENTINO. A LA MANERA DE
LA “OJEADA RETROSPECTIVA”
DE ESTEBAN ECHEVERRÍA**

Disertación del académico Dr. Alberto Antonio Spota, al incorporarse a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en la sesión pública del 12 de agosto de 1987

DISCURSO DE APERTURA DEL PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS, ACADÉMICO
Dr. SEGUNDO V. LINARES QUINTANA

La sesión pública que hoy realiza la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas está dedicada a la incorporación de su nuevo Miembro de Número, Dr. Alberto Antonio Spota, quien ocupará el sitial cuyo patrono es Esteban Echeverría, y al que damos la más cordial bienvenida, descontando desde ya su valiosa colaboración a la labor académica.

El recipiendario disertará sobre el tema: "Intento de un análisis del devenir político argentino. A la manera de la Ojeada Retrospectiva de Esteban Echeverría", y tendrá a su cargo el discurso de recepción el académico Dr. Roberto Repetto, quien se ocupará de la personalidad y obra científica del nuevo Miembro de Número.

Claro está que esta última circunstancia no es óbice para que ponga de relieve las relevantes condiciones intelectuales del Dr. Spota; como tampoco, para señalar el particular significado que tiene para mí darle la bienvenida, por el estrecho vínculo amistoso que nos une desde hace muchos años, a la vez que por la circunstancia de haber sido el Dr. Spota valioso colaborador durante prolongado lapso, en la Cátedra de Derecho Constitucional, primera parte, de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, de la cual he tenido el honor de ser profesor ordinario titular y luego profesor emérito. Gratísimo acontecimiento comporta, pues, para mí este reencuentro intelectual en el ámbito académico.

Por muchas razones adecuado y oportuno es el empleo, por el Dr. Spota, de la metodología de la ilustre Gene-

ración de 1837, para realizar su análisis del proceso institucional de la República.

En su esencia, las bases de la organización constitucional argentina fueron establecidas por la Revolución de Mayo de 1810. La Constitución Nacional de 1853-1860, que dio estructura jurídica definitiva al país, no hizo sino institucionalizar —o sea, traducir en instituciones jurídicas que incorporó a su texto— ideas y principios fundamentales que nacieron con la patria misma, con los cuales el pueblo argentino está consustanciado y por cuyo mantenimiento y vigencia plena y efectiva, lucha y sin duda continuará luchando, en tanto conserve el alma y el estilo de la stirpe.

Con auténtico sentido de estadistas, los hombres de Mayo no circunscribieron su patriótico e incansable afán al logro y consolidación de la independencia política de la patria, sino que además y de manera fundamental, se propusieron sentar las bases de acuerdo con las cuales el país debía organizarse inmediata y definitivamente.

La Revolución de Mayo consagró, en forma auténtica e incontrovertible, el esquema de los grandes valores filosófico-políticos y los principios fundamentales —eternos, al decir de Echeverría—, según los cuales la Nación Argentina tenía que estructurarse jurídicamente mediante una Constitución representativa, republicana y federal. Ese contexto de valores y de principios constituye la Doctrina constitucional de Mayo; que sería expuesta, desarrollada y fundamentada por nuestros grandes pensadores políticos; sostenida en los campos de batalla por la límpida y refulgente espada del Libertador San Martín y una pléyade de ejemplares argentinos; que sirvió de brújula segura a través del difícil y cruento proceso constituyente; que fue sistematizada orgánicamente en el Dogma de Mayo, con que culmina su notable obra espiritual la insigne Generación de 1837, con Echeverría a la cabeza, y más tarde en las Bases y el Proyecto de Alberdi, a quien lega Echeverría su pensamiento; y que finalmente resulta institucionalizada, de modo admirable y fiel, en la sabia y previsorá Constitución de 1853-1860, verdadera acta fundacional y fe de bautismo del Estado Federal argentino, que de ese modo llega a ser “el pueblo... , la Nación Argentina hecha ley”, según la feliz y acertada expresión de Juan María Gutiérrez,

uno de los más conspicuos constituyentes y autorizado vocero de la Asociación de Mayo.

En el curso de su creación y desarrollo, la Doctrina Constitucional de Mayo tuvo muchos y muy calificados artífices, entre los cuales sobresale, con relieves netos, Mariano Moreno, como el primer constitucionalista argentino, y desde luego, el constitucionalista por excelencia de la Revolución de Mayo; el "espíritu de Mayo", al decir de Alfredo L. Palacios, y "verdadero numen de la revolución democrática", conforme a la reflexiva pluma de Mitre.

El Dogma es el auténtico ideario de Mayo, depurado y perfeccionado, que recoge la filosofía institucional de la Revolución de 1810, explicando y desarrollando sus principios fundamentales. Sus ideas se proyectarán sobre los Constituyentes, en forma directa, y también de manera indirecta a través de las páginas de las Bases de Alberdi, el cual en su Proyecto constitucional, anexo a aquéllas, proporciona concretamente a los congresales de Santa Fe la esencia y el espíritu de la Constitución; a la vez que con la actuación brillante y decisiva de Juan María Gutiérrez en el Congreso General Constituyente, llevando el pensamiento y la voz de la Asociación de Mayo, y en particular de sus íntimos amigos Echeverría y Alberdi, a quienes el destino privó de ocupar sendas bancas en la histórica asamblea constituyente: el primero por haber fallecido y el segundo por continuar en el exilio.

Los hombres de Mayo estaban profundamente convencidos de que la clave del éxito de la democracia en nuestro país, como en cualquier otro de la tierra, es la capacitación moral y cívica del pueblo para el cumplimiento de su esencial función soberana, así como también de que la ignorancia crea el clima propicio para la opresión y el despotismo.

Puede suponerse, con sólido fundamento, que la incansable prédica y acción de Moreno en favor de la libertad de prensa, como uno de los pilares del gobierno democrático constitucional, haya contribuido a inspirar a los constituyentes argentinos cuando reconocieron a tan esencial valor el carácter, además de derecho individual, el de una verdadera libertad institucional reservada por el pueblo, dentro de la idea de que la prensa es la única institu-

ción privada que goza de inmunidad constitucional, sin perjuicio de las responsabilidades civiles y penales que pudieran resultar con posterioridad a la publicación.

La doctrina de la Revolución de Mayo aparece hecha carne en el Dogma de la Asociación de Mayo, entidad histórica a la que pertenecieron desde su fundación Alberdi y sus íntimos amigos Juan María Gutiérrez y Esteban Echeverría.

Aun cuando cometiendo grave injusticia, algunos han tildado de teóricos a quienes forjaron nuestra nacionalidad, la verdad es que éstos revelaron permanente y firme preocupación por atender a las tradiciones, la realidad y las posibilidades de la patria que construían.

En una línea práctica y empírica, que no se opone a la inspiración y fundamentación doctrinarias, el Dogma reviste valor insuperado, por el notable ajuste que revela con la realidad socio-política del país, a la vez que con la idiosincrasia, la tradición y los ideales del pueblo argentino. Como señalara José Manuel Estrada, en su célebre curso inaugural de la cátedra de Instrucción Cívica en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en 1873: "la innovación radical del Dogma Socialista consistió en sustituir el método de los doctrinarios por un método experimental. Reemplaza las concepciones imaginativas de las ideas políticas. Ser grande en política —decía Echeverría— no es estar a la altura de la civilización del mundo, sino a la altura de las necesidades de su país"¹. Y, con palabras nunca más actuales que hoy, sentenciaba Estrada que "las fantasías políticas son pecados que no purgan los teorizadores sino los pueblos"².

Explicando el método del Dogma —que fue el mismo que utilizara Moreno al colocar los cimientos ideológico-institucionales de la novísima nación— Echeverría escribió en la Ojeada retrospectiva: "el punto de arranque para el deslinde de estas cuestiones deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; determinar primero lo que somos, y aplicando los principios, buscar lo que debemos ser, hacia qué punto debemos gradualmente enca-

¹ JOSÉ MANUEL ESTRADA, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas, Obras completas*, t. IV, ps. 42, 44 y 50.

² JOSÉ MANUEL ESTRADA, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas, Obras completas*, t. IV, p. 43.

minarnos. Mostrar en seguida la práctica de las naciones cultas cuyo estado social sea más análogo al nuestro, y confrontar siempre los hechos con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados. No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad”³.

Y me permito destacar que en uno de los capítulos más brillantes y densos del Dogma —el que lleva el número XIII, redactado por Alberdi, el cual lo incluirá luego en substancia en las Bases— queda formulada, de manera notable y definitiva, la solución del problema, que hasta entonces parecía insoluble, de la forma del Estado. En ese capítulo —digno de Montesquieu—, luego de una enumeración exhaustiva de los antecedentes unitarios y federales de la historia argentina, se propone la forma mixta, integrada por unos y otros elementos, que sería adoptada por los constituyentes del 53, y ratificada y consolidada por los del 60.

Complementando el Dogma, Echeverría se había propuesto escribir otra obra fundamental sobre la democracia en el país, destinada a servir de basamento a la Constitución que organizara de una vez para siempre a la República; pero, como su salud decaía rápidamente, legó a su querido amigo Alberdi tan sublime misión. Así, en carta suscrita en Montevideo el 1º de octubre de 1846, escribió a Gutiérrez y Alberdi: “Amigos queridos: no tengo salud ni plata, ni cosa que lo valga, ni esperanza, ni porvenir y converso cien veces al día con la muerte hace cerca de dos años. . . La obra que anuncio sobre la democracia en el Plata me preocupa mucho: sabe Dios si podré concluirla. Me parece que es la más grande obra que hay que hacer. Examinar todas nuestras instituciones desde el punto de vista democrático; ver todo lo que se ha hecho en el transcurso de la revolución para organizar el poder social y deducir de ese examen crítico vistas dogmáticas y completas para el porvenir es, amigos míos, la obra más grande que pueda emprenderse por ahora. En la Ojeada, hablando sobre la cuestión religiosa y examinando la ley de sufragio doy una muestra del modo cómo pienso para desempeñar esa tarea: mi regla de criterio invariable será la democra-

³ ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37, Obras completas*, Buenos Aires, 1873, t. IV, p. 17.

cia". Y Echeverría concluía su carta diciendo: "lego a mi amigo Alberdi el pensamiento, dando caso que me falte vida para realizarlo".

Alberdi contestó desde Valparaíso, el 17 de enero de 1847: "sus ideas políticas son precisamente las que yo tengo. No es pues raro que las crea de todo punto de vista acertadas. De acuerdo con sus indicaciones, voy a escribir un panfleto para distribuir en el interior de nuestro país. Tengo con usted íntima fe en el porvenir de nuestras ideas". El panfleto que se proponía escribir Alberdi fue nada menos que las Bases, libro que puede considerarse un complemento y desarrollo del Dogma, como su propio autor lo reconoce, al escribir a Echeverría, desde Valparaíso, el 30 de junio de 1849: "leo el Código siempre; es mi libro de cabecera... Leerle y pensar en usted es una misma cosa"⁴.

La Constitución posee un cuerpo y un espíritu; vale decir, una envoltura corpórea o ropaje formal y técnico, a la vez que un alma o espíritu que le insufla vida y aliento. El cuerpo puede ser modificado y hasta perfeccionado de acuerdo con la ley eterna del progreso humano. Claro está que la ciencia política y constitucional, no solamente en el nivel de la teoría, sino también sobre la base de la experiencia histórica de todos los pueblos del mundo, aconseja reducir al máximo sus enmiendas, ya que la fundamentalidad y la flexibilidad que deben tener sus normas, permitirán su adaptación a las nuevas situaciones, por la vía de la interpretación más que de la enmienda. En cambio, el alma de la Constitución es la sustancia espiritual y permanente tanto como las cosas humanas pueden serlo, integrada por el conjunto de ideas y de principios históricos, filosóficos, políticos, sociológicos, económicos, jurídicos, etc., que hacen a la esencia inmanente e inmutable de la Nación, y que han sido consagrados e institucionalizados en la Ley Fundamental de la República; por lo que el cambio de ese espíritu, y con mayor razón su supresión, comportarían la destrucción y la muerte de la Constitución, y con ello, la traición a la historia, a los ideales y a la razón misma de ser del país y de sus habitantes, así como al legado, al esfuerzo y al sacrificio de quienes construyeron la patria y forjaron su grandeza.

⁴ ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Dogma socialista*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1932, ps. 337 y 457.

La Doctrina Constitucional de Mayo es el alma o espíritu de nuestra Ley Suprema, ya que la Constitución Nacional de 1853-1860 consagró de manera definitiva el auténtico, único e insustituible modelo de la República Argentina, al institucionalizar esa Doctrina de Mayo, surgida con el nacimiento mismo de la patria y de la nacionalidad, y consustanciada con el ser argentino; solemnemente consagrada el 25 de Mayo de 1810, y que constituye el basamento inmovible de todo el ordenamiento jurídico y moral del país, al punto que no podría ser removido o afectado en su esencia sin contrariar esa verdadera acta fundacional y fe de bautismo del Estado constitucional argentino. Por ello, como la sombra sigue al cuerpo, ella acompaña a nuestra Nación y a nuestro Estado, que dejarían de ser tales si se la desnaturalizara o prescindiera de ella, que únicamente podría cesar con la muerte de la República en la tierra de los argentinos.

Los autores de la Doctrina Constitucional de Mayo, además de ostentar la legítima gloria de haber sentado las bases de la organización institucional de la República, nos imparten, a través del tiempo, de los éxitos y de los fracasos, la sublime lección de su optimismo, su perseverancia y su fe inquebrantable en el triunfo definitivo de la libertad. Porque si sufrieron persecución y exilio, en las incabables vicisitudes del largo, difícil y cruento proceso constituyente de la patria, fueron siempre fieles a sus convicciones democráticas y lucharon, padecieron y murieron por la victoria final sobre la opresión, el despotismo y la anarquía, para que el gobierno de las leyes y no el de los hombres fuera realidad en la tierra de los argentinos. Tal es su mensaje y también su mandato.

En los momentos cruciales que vive el país, es deber moral de los argentinos volver el espíritu a Mayo, buscando en sus ideas y principios inspiración y guía, para que mediante el cumplimiento pleno y efectivo de nuestra magnífica, sabia y previsora Constitución —tantas veces olvidada y escarnecida, como también por tantos ignorada— y no por su innecesaria e inoportuna reforma —contraria a su alma o espíritu—, la libertad, el derecho y la justicia sean por siempre realidad en la República Argentina. Solamente así daremos cumplida ejecución al sagrado mandato de los Constructores de la patria y la nacionalidad.